

F
B
I

FRANK Mc FAIR

DESTINO
IMPLACABLE



FRANK McFAIR

DESTINO IMPLACABLE



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1957
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

NUMEROS PUBLICADOS

100. Yo, Director del F. B. I. (1).
200. F. B. I. contra Crimen, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (33).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad (28).
211. La muerte ronda (23).
215. Reportero de sucesos (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).
225. Muerto en la carretera (4).
226. Sangre de periodista (23).
228. Dos vidas (3).
229. Cara es la victoria (30).
230. Uno contra todos (28).
231. Servicio inacabado (21).
232. Oscura traición (41).
233. ¡Alto! (4).
234. Sólo existe un dilema (9).
235. Legión extranjera (30).
236. Sindicato criminal (40).
237. Requiem por Larry (4).
238. El triunfo del bien (42).
239. Entre la espada y la pared (25).
240. Los sospechosos (40).
241. La vida al azar (21).
242. Los Balcanes en llamas (43).
243. La Ley y él (5).
244. Puente de traidores (17).
245. Espionaje (42).
246. Extorsión (4).
247. Noches de pesadilla (3).
248. Sin rumbo (9).
249. Un caso policíaco (4).
250. Caza del hombre (44).
251. En la brecha (17).
252. Galcria de condenados (4).
253. Vidas truncadas (44).
254. Con los pies hacia fuera (21).
255. Una pareja imposible (37).
256. Fuego en las manos (21).
257. Última pena (5).
258. Cogido en el cepo (28).
259. La esquina siniestra (4).
260. El astuto Rubén (40).
261. La Policía lo sabe (3).
262. ¡Perseguido! (28).
263. Pistas borradas (4).
264. Callejón sin salida (5).
265. Sombras de Nueva York (42).
267. ¡Pánico! (4).
268. Hundida en el cieno (44).
269. La banda de lo subterráneo.
270. Inspector especial (42).
271. Testigo, la luna (5).
272. Tres muertos para tres (48).
273. Huyendo del pasado (30).
274. Manos sucias (4).
266. Escondite para un cadáver (8).
275. El elefante blanco (49).
276. Al margen del deber (21).
277. Al servicio de la Ley (42).
278. El precio del rescate (28).
279. Tres ramas de un mismo árbol.
280. Un hombre busca su destino.
281. El fiscal asesinado (9).
282. Valija diplomática (30).
283. Misterios de Chicago (4).
284. ¡Expulsado! (37).
285. Diamantes rojos (42).
286. La trampa (5).
287. Mister Warren descubre al asesino (41).
288. El último asalto (30).
289. Mafiosos (4).
290. La muerte al volante (45).
291. Espías en el infierno (46).
292. Emigrante del terror (42).
293. Habilidad criminal (42).
294. Una grieta en el telón de acero (4).
295. ...y plomo en el corazón (3).

296. Grow Street (47).
 297. Cuando la ciudad duerme (5).
 298. Dakin «el Guapo» (42).
 299. Tres sentenciados (30).
 300. National 71177 (21).
 301. La amenaza de Morris (4).
 302. Yo te defiende (28).
 303. El humo llevaba sangre (9).
 304. Razzia (30).
 305. Injusta acusación (42).
 306. La conciencia me acusa (4).
 307. Nadie escapa a su delito (48).
 308. El pandillero (5).
 309. El último ataque (30).
 310. Sobre un hombre (21).
 311. ¡Yo no lo maté! (44).
 312. Duelo en las sombras (28).
 313. Falsa coartada (30).
 314. Rehén (4).
 315. Noche sin amanecer (5).
 316. El inspector Dirac investiga (42).
 317. Exterminio (30).
 318. Cerco de sangre (44).
 319. Hora decisiva (5).
 320. La muerte viene en clave (41).
 321. John «el Audaz» (4).
 322. Mensaje secreto (28).
 323. El renegado (5).
 324. El testigo amordazado (3).
 325. Por la espalda (44).
 326. Ayer fui asesinado (4).
 327. De cebo, un «gangster» (28).
 328. Barrera de odio (47).
 329. La caza de Bucky (5).
 330. Happy sabe cumplir (17).
 331. Doble enigma (30).
 332. Acusa el testigo (21).
 333. El «boss» está servido (4).
 334. El robot y la muñeca (37).
 335. El castigo del mal (42).
 336. ¡Y no soy culpable! (38).
 337. Niebla en el pasado (28).
 338. Chantaje en Tokio (50).
 339. ¡Logan vuelve! (30).
 340. Ella y el «gangster» (17).
 341. La bestia (5).
 342. Descenso al abismo (37).
 343. Tras el telón de bambú (51).
 344. El verdugo soy yo (4).
 345. Ha muerto un valiente (17).
 346. El pequeño «boss» (23).
 347. Amarga victoria (28).
 348. Una gota de sangre (28).
 349. Trágica obsesión (42).

AUTORES

- | | | |
|---------------------|---------------------|----------------------|
| (1) Alf Manz. | (20) Andre O'Sun. | (38) Gary Beisan... |
| (2) Fred Baxter. | (21) Fel. Marty. | (39) Padi Coster. |
| (3) Frank McFair. | (22) Dana Yonell. | (40) Herman Tell |
| (4) Eddie Thorny. | (23) Al Gallard. | gon. |
| (5) A. C. Tavin. | (24) Chester King. | (41) Anthony Cunt- |
| (6) Alar Benet. | (25) Josep Tell. | uer. |
| (7) A. G. Murphy. | (26) Med Ryman. | (42) Anthony Ben- |
| (8) Lewis Haroc. | (27) Lou Dark. | son. |
| (9) J. L. Martyn. | (28) Jan Hutton. | (43) Albert Lazar. |
| (10) Jack Brooklyn. | (29) Richard Jack- | (44) Fred William- |
| (11) Thomas Settee. | son. | son. |
| (12) John Nebot. | (30) Jim Murray. | (45) Ray Jones |
| (13) Thomas Wan- | (31) Sand Eurl. | (46) Richard Har- |
| ton. | (32) Joe Greig. | vey. |
| (14) F. N. Graw. | (33) Bill O'Creigh. | (47) Ben Martyn. |
| (15) Robert Deaf. | (34) Don Lassister. | (48) Leo Mason. |
| (16) Alan Carson. | (35) John Est. | (49) Billy McLean. |
| (17) Avo Cortroa. | (36) Edward Good- | (50) Ralph F. Re- |
| (18) Jack Grey. | man. | mery. |
| (19) Edgar Ford. | (37) Angelo ds Tar- | (51) M. Saadrovitch. |
| | turis. | |

CAPÍTULO 1

Diciembre, 7, a. m.



A luz entraba por un muy amplio ventanal, pero era una luz tan gris, tan plomiza, que el alcalde, para examinar un documento, hubo de encender el aparato portátil que había al lado de su sillón en la sala de conferencias del Ayuntamiento. Las caras de los demás hombres presentes estaban casi sumidas en la penumbra.

—... lo que hace un total de más de diez millones de dólares — terminó el alcalde Corrigan.

—¡Más de diez millones! —exclamó míster Marron, con voz estrangulada—. ¿No te habrás...?

—No me he equivocado —respondió el alcalde, dando una palmada sobre la mesa para afianzar su aserto—. Más de diez millones... que no han pagado impuestos municipales o casi no los han pagado —añadió precipitadamente.

—Bueno, eso de que... —intervino el jefe Sobiewsky, de la Policía.

Pero se vio interrumpido antes de poder acabar.

—... ¡Usted y sus malditos métodos! —dijo míster Marron agriamente—. ¡Jamás debiéramos habernos visto obligados a enfrentar esto! ¿Por qué no ha hecho algo? ¿Eh? ¿Por qué? ¡Usted y sus...!

—Mire, no quiero discutir eso de nuevo —dijo Sobiewsky serenamente, mientras el alcalde levantaba un brazo para pedir calma—. Si de algo sirviese, presentaría mi dimisión. Por lo menos podría dormir diez días seguidos seguro de que no iban a despertarme para decirme que un nuevo ciudadano había sido apaleado por dos desconocidos a los que luego no puede identificar «porque... estaba tan oscuro...». Pero míster Corrigan no ha querido aceptar mi dimisión.

—No —dijo el alcalde—. No serviría de nada. Cualquier otro a quien nombrásemos para su puesto, Sobiewsky, tropezaría con las mismas dificultades que usted, y ni siquiera tendría su experiencia.

—Gracias —dijo Sobiewsky— por lo de la experiencia.

Míster Marron masculló algo entre dientes. Luego se encaró con el cuarto hombre, que hasta entonces había permanecido silencioso.

—Y usted... ¿no puede hacer nada?, míster... Parr No, ya supongo que no podrá hacer nada.

Parr movió la cabeza. Era un hombre de unos treinta y cinco años, alto y de pelo oscuro.

—En cuanto alguno de ellos de un solo paso en contra de las leyes federales no necesitaré permiso para actuar —dijo—. Pero por ahora...

—¡Leyes federales!... ¡Leyes estatales! ¡Leyes municipales! —Gruñó míster Marron. Su cabellera blanca, peinada con raya a un lado, le daba un aspecto seráfico, que desmentía prontamente el turbio brillo de los ojos negros. Era un hombre de mediana estatura,

regordete y de piernas muy cortas. —¡Leyes para todo menos para proteger a, los contribuyentes contra un hatajo de picaros fulleros, tahúres!... —Como le faltaban las palabras las suplió con movimientos de los brazos—. Forasteros despojados de sus ahorros en una mesa de juego, comerciantes obligados a pagar «el barato» para que no les destrocen sus almacenes, muchachas y muchachos corrompidos por multitud de vicios, y que llevan años sin pisar la iglesia... ¿Llaman a esto Ley y orden? ¡Pues no quiero su Ley y orden! ¡Pueden guardársela! ¡Lo que queremos es justicia! ¡Sí, señor! ¡Justicia! —Su voz había ido subiendo de registro hasta alcanzar un tono agudo, casi femenino.

—Cálmese, míster Marron —dijo ásperamente el jefe de Policía Sobiewsky—. No es dando alaridos como conseguiremos arreglar esta situación.

—Míster Marron tiene motivos para... —empezó a decir el alcalde.

Pero míster Marron no necesitaba abogado alguno.

—¡Esto se ha acabado! Si la Policía es incapaz, ¡incapaz, repito y repetiré cuantas veces sea necesario!, si la Policía es incapaz de acabar con este estado de cosas, y si el Gobierno federal, por medio de míster Parr, tiene escrúpulos de criatura, alguien se hará cargo de la defensa de nuestros intereses. ¡Sí! ¡Sí, señores!

—¡Sí, ser! —dijo Sobiewsky, imitando con ligereza el tono de míster Marron.

Éste lo miró enfurecido, y luego se enfrentó al alcalde Corrigan.

—Monte —le dijo—. Quiero que des a la Prensa una nota: Yo y otros dos comerciantes de la ciudad, cuyos nombres sabrás en seguida, entregaremos doscientos mil dólares a aquel que logre acabar con Ben... con esa cuadrilla de maleantes a los que la Policía regular es completamente incapaz de reducir.

Hubo un confuso murmullo de voces. Todos hablaban al tiempo.

—Hombre, Marcus... —empezó el alcalde.

—No puede usted hacer eso, sería como... —dijo Sobiewsky.

—No haga locuras, míster Marron... —terció Parr, del

F. B. I.

—¡Lo quiero, lo quiero, lo quiero y lo quiero! —chilló míster Marron, abriendo la boca como un pato mecánico—. ¡Y no quiero seguir hablando más de este asunto!

Cogió el portafolio que había sobre la mesa, delante de sí, y se precipitó hacia la puerta. El alcalde corrió tras él. Parecían un par de hombrecillos jugando al escondite. Sobiewsky miró a Parr y movió la cabeza.

—Trataré de convencerlo luego —dijo el agente del F. B. I.

—. Ahora me parece que está muy excitado.

—Usted también lo estaría —dijo el alcalde, volviendo después de haber despedido a Marron— si tuviese una hija de veinticinco años...

—Aun así —respondió Parr, sonriendo débilmente—, no veo...

—... y la viese bebiendo los vientos por un tipo de la catadura moral de Kent Bender —terminó el alcalde, lanzándole una mirada de reproche.

—Míster Parr apenas conoce la historia —dijo Sobiewsky—. Permítame que se la explique, en pocas palabras, señor —el alcalde asintió con gesto abacial, y Parr se dijo que no era extraño que en la ciudad se hubiesen multiplicado los pillos, con el sillón municipal ocupado por aquel hombre. Era untuoso, humilde y servil con Marron lo cual, hasta cierto punto, estaba justificado, porque Marcus T. Marron era el dueño de la fábrica de tractores que daba trabajo a tres mil obreros y empleados, y duro y desagradable con los inferiores. En cambio, Sobiewsky era un hombre eficiente y honrado hasta dejarlo de sobra, al que conocía desde hacía bastantes años, desde la época de la guerra. Juntos lucharon en Europa y en África del Norte y juntos partieron muchas veces el último cigarrillo. A su pedido se hallaba él ahora en la ciudad—. El caso es que Ana, la hija de míster Marron, está con un pie en el aire. Y ya ve —añadió Sobiewsky, pensativo—: lo más extraño es que se trata de la chica más culta y más..., más equilibrada, diría yo, de toda la ciudad. Es bella..., sí, muy bella, al menos tiene un tipo de belleza que atrae a los hombres... Ha estudiado arte, letras... En fin, una mujer que no haría mal papel en salones sociales de Nueva York. Pues bien: ese fulano, Kent Bender, parece haberle hecho perder la cabeza. Y Bender es un tahúr y dueño de garitos, que yo hubiese cerrado hace mucho tiempo si...

El alcalde tosió con innecesaria violencia. Sobiewsky lo miró con ironía.

—Sí; ya sé que esos garitos, «debidamente controlados y esterilizados, constituyen una fuente de ingresos para el Municipio, una fuente muy importante de ingresos..., etcétera, etcétera». Lo sé, míster Corrigan. Le he oído a usted el disco demasiadas veces, para no aprendérmelo de memoria. Pero es el caso que no podemos esterilizarlos. Es el caso que no podemos controlarlos. Es el caso que... Pero, bueno, más vale que dejemos el tema. El hecho es que Bender despluma cada noche a unos cuantos vecinos de la ciudad lo suficientemente ingenuos como para creer que se van a resarcir una noche de las pérdidas de la anterior, y a otros tantos forasteros. Y lo peor es que estos últimos se marchan convencidos de que han dado con un caballero en vez de con un bandido. No me pregunten cómo se las arregla, porque no lo sé.

—Y *miss* Marron...

—Se deja ver mucho con él. No cabe duda de que Bender es un buen mozo, y que Timpany y Bell son más canallas que él. Pero entre todos forman una buena terna. Sí lográsemos vernos libres de ellos, la ciudad se recobraría en menos de tres meses. Porque son los que mantienen el nivel bajo. Timpany se ocupa de la protección (bueno; claro que no hay ninguna prueba contra él, pero es la cabeza de todo el «barato»), y Bell domina las carreras de caballos. Con trampa, claro. El sindicato de apostadores intentó meterle mano hace un par de años, y no se consiguió nada. Opera con mucha astucia, y lo mismo que Timpany, él no aparece jamás más que para apostar en el hipódromo y para retirarse con pequeñas ganancias. Pero sabemos que hay «*dopping*» y otras cosas tan sucias como el «*dopping*», todas ellas relacionadas con él. Sí; se trata de un trío de especialistas.

—Supongo que habréis pedido informes a Washington —dijo Parr.

—Por pura fórmula intenté hacerlo en cierta ocasión, pero míster... Corrigan me aconsejó cautela, mucha cautela. Y tuve tanta cautela, que aún no sé si tienen prontuario en Washington o no. Pero eso sí, senté cátedra de cauteloso.

—Presenta usted las cosas deformadas adrede —se quejó el alcalde—. Yo lo único que quería era...

Sobiewsky se había puesto en pie, y Parr le imitó.

—Bien, míster Corrigan —dijo el jefe de Policía—: ¿va usted a

dar a la Prensa ese demente anuncio de recompensa?

Míster Corrigan clavó piadosamente los ojos en el suelo.

—Yo no quisiera...; ya sabe usted que siempre estoy contra los gastos..., contra cualquier clase de gastos... inútiles, claro... Pero míster Marron insiste... Y no veo qué otra cosa podría hacer yo...

—Claro, usted sólo es la primera figura municipal. Bien, escuche: es posible que si ese estúpido anuncio llega a las páginas de los periódicos, tanto Bender como los demás se rían de nosotros. No importa. Estoy acostumbrado a que me hagan pasar por idiota mientras ustedes calientan sillones con las posaderas. Pero es que esto será peor: vamos a ser objeto de bromas. Yo tendré que encerrar a alguien, y alguien se querellará contra nosotros. Y no sé cómo acabará todo ello. Sí; no sé cómo acabará, pero sé cómo acabaré yo; marchándome a Méjico o a cualquier otro sitio y dejándole a usted que se las arregle como pueda, míster Corrigan. Eso es todo. Vámonos, Parr.

Ya en la calle, y mientras subían al automóvil de Sobiewsky, se levantaron los cuellos de los gabanes. El aire era helado y la nieve se adivinaba próxima.

—Míster Corrigan no sería tan malo si no fuera por su avaricia —dijo el jefe de la Policía—. Pero ahí está: es un verdadero genio de la avaricia. Se asegura que en cierta ocasión en que engordó demasiado, su mujer le hizo bajar de peso dejando caer alfileres por el suelo. Él se agachaba a recogerlos «todos». Bueno; eso tal vez no pase de ser una exageración, pero el caso es que cada vez que tiene que autorizar algún gasto se pone enfermo por tres días.

—Lléveme a casa de míster Marron, John —dijo, de pronto, Parr. El jefe de Policía lo miró, frunciendo las cejas—. Sí; me gustaría hablar un momento con él.

Míster Marcus T. Marron vivía en Lovelace Avenue, en una enorme casa de estilo francés antiguo, rematada por cuatro torres de tejado de pizarra. Un amplio jardín la separaba de la calle.

—Esto respira riqueza y buen gusto —dijo Parr.

—Ya le dije que la hija de míster Marron es una muchacha que posee abundancia de ambas cosas. Su padre quería construir una especie de tarta de boda, cuadrada, pero ella lo impidió. Y eso (me acuerdo bien) que no tenía más que dieciséis o diecisiete años cuando levantaron la casa.

—Y ésta es la...

Un jardinero les abrió la puerta de la verja y siguieron con el coche hasta el pórtico. Allí los recibió un mayordomo negro, que les hizo pasar a una sala. Un momento después, míster Marron se reunía con ellos. Tenía una cara tan satisfecha, que inmediatamente Parr y Sobiewsky se alertaron.

—¿Quieren beber algo? —preguntó Marron, mirándolos con sus ojillos negros en los que a veces asomaba una mirada maligna—. Mientras prueban mi jerez de hace diez años, pueden explicarme el motivo de su visita.

—Quisiéramos rogarle que pensase bien lo de la recompensa —dijo Parr, sin ambages—. Creemos que...

—Ya es tarde —dijo Marron, con estúpida complacencia—. Ya es tarde. Acabo de hablar con Miller, del «Récord», y con Lennox, del «Critérium». La noticia aparecerá en la edición de la noche. Sí, señores. Mi responsabilidad para con la ciudad, mi sentido de la justicia y, ¿por qué no decirlo, también sin falsas modestias?, mi generosidad, me han forzado a...

Los dos hombres se miraron. Sobiewsky lanzó un suspiro, que cortó el hilo de la perorata del industrial. En aquel momento, una muchacha joven apareció en el umbral.

—Dispensa, papá, pero he..., Perdonen; no sabía que estuvieses acompañado. Te veré más tarde.

—No; pasa, Ana. Es el jefe Sobiewsky. Te presento a míster Parr, de la Oficina federal.

Parr se encontró mirando un par de bellos y graves ojos oscuros, una tez asombrosamente blanca y limpia de impurezas y una boca de doble arco perfecto. Ana Marron era alta y delgada, y vestía muy bien. Estrechó la mano de Parr con el grado exacto de cordialidad, y saludó a John Sobiewsky como a un antiguo conocido.

Marron miraba a su hija enternecido. Era evidente que estaba orgulloso de ella, hasta dejarlo de sobra. Pero al mismo tiempo había una mueca de inquietud en su cara. La muchacha no parecía muy feliz.

—Quisiera que me dejases a Tom —dijo ella—. No tengo gana de conducir, y si no lo necesitas...

—Claro que no, hija; puedes llevártelo. Pero no te encontrarás enfer...

Ella hizo un gesto con la mano, y sonrió a los otros dos hombres.

—No, papá. Me encuentro perfectamente; pero ya sabes que no me gusta conducir cuando amenaza tormenta o nieve. Señor Parr: he tenido mucho gusto; John: dele un abrazo a Sarah de mi parte. Dígame que algún día me acercaré por allí. Adiós.

Y luego se marchó, dejando una estela de tenue perfume.

—Está cada día más bonita, si eso es posible —dijo Sobiewsky—. Y Aurea también será muy linda.

—Sí; mis dos hijas salen a su madre —dijo Marron, orgullosamente. Luego, de pronto, perdió toda su facundia, y se convirtió en un anciano lacrimoso—. ¿Ven ustedes por lo que he ofrecido la recompensa? ¿Lo ven ustedes? Mi hija está en las garras de ese bandido, de ese hijo de perra de Bender. En este momento va a verse con él, estoy seguro, y como le prohibí que lo hiciera, se lleva a Tom, al chofer. Con eso quiere demostrarme que no verá a ese hombre «a solas», pero «que lo verá». Sí; es leal en eso, como lo ha sido siempre en todo; pero... ¿Por qué, por el amor de Dios, tuvo que enamorarse de ese sinvergüenza? ¿Por qué, por qué?

Parr y Sobiewsky salieron de la casa, al tiempo que tres chicuelos, de unos doce años, dos chicos y una chica, entraban en ella. Eran Aurea Marron, embutida en unos pantalones viejos y un «sweter» amarillo, y dos rapaces vestidos de parecida manera.

—Éste es Ben, mi hijo —dijo Sobiewsky, poniendo la manaza sobre uno de ellos—. Y ese otro es Mike, el hijo del alcalde Corrigan —y luego, cuando salían, añadió—: No haga caso cuando oiga que Aurea Marron es la culpable de las aventuras y desventuras del trío; en realidad, es mi Ben. Son una pareja de diablillos a cual mayor, y Mike Corrigan está siempre supeditado a ellos.

Subieron al coche, y Sobiewsky lo puso en marcha.

—Bien —dijo el jefe de Policía—. No hay que hacer, más que procurar paliar la cosa. No quiero ni pensar en cuándo aparezcan los periódicos de la noche con esa bomba. El teléfono no va a dejar de funcionar en muchos días.

En aquel momento empezó a nevar.



V A L I E N T E S

Vallentes hasta la temeridad son los protagonistas masculinos de esa única serie de aventuras modernas en los ambientes más interesantes.

V A L I E N T E S

es una Colección que emociona por sus dramáticos argumentos, a la vez que enseña deleitando. Es destinada a

HOMBRES Y MUJERES

CAPÍTULO 2

Diciembre, 14. a. m.



ARR habitaba un departamento amueblado, en una tranquila calle cercana al campo. Aquella mañana se levantó más tarde de las diez, porque había trasnochado. Estuvo hasta las tres en un club, el Nilo, que presentaba una atracción menos interesante en la realidad que en la propaganda. Aun cuando los motivos que lo llevaron a asistir al «cabaret» no eran precisamente los de admirar a una sofisticada bailarina de Alejandría, no por eso dejó de darse cuenta de ello.

El teléfono sonó apenas puso los pies en el suelo. Era el jefe

Sobiewsky.

—Venga a mi despacho cuanto antes, Parr, —dijo el policía—. Tengo una noticia para usted. ¿Puede venir ahora mismo?

—Sí —respondió el agente del F. B. I—. Estaré ahí dentro de media hora.

El jefe Sobiewsky lo recibió en su despacho. Con él estaba el alcalde Corrigan, y ambos parecían excitados, sobre todo el alcalde.

—Tenga, lea esto —dijo Sobiewsky, entregándole un pliego. Era una carta escrita sobre papel barato con tinta verdosa. La letra era pequeña y picuda—. La ha recibido míster Marron anoche, y nos la ha enviado esta misma mañana, poco antes de llamarle yo a usted. Puede leerla, en voz alta, si quiere.

«Estimado señor —leyó Parr—: He leído en el periódico que ofrece usted una recompensa a aquel que aporte pruebas que conduzcan a la desaparición de ciertos elementos perturbadores de la ciudad. He leído entre líneas que ustedes desean verse libres de esos elementos. Yo puedo librarlos de ellos. Si ustedes me aseguran el pago de la recompensa, me comprometo, en el espacio máximo de tres meses, a obligarles a abandonar el campo. Mañana por la mañana tendré el gusto de pasarme por su casa para garantizarle estas letras con mi presencia. No dudo llegaremos a entendernos, y quedo de usted atento.—*Shargon*,»

—Ya no pueden tardar —dijo Corrigan, asomándose a la ventana—. Sí; ahí está el «Rolls» de Marcus. Y..., sí, viene un hombre con él.

—Supongo que mandará usted a ese hombre a algún sitio conveniente, Sobiewsky —dijo Parr—. De una forma verbal y correcta, claro.

—Antes quiero oír lo que tenga que decir —dijo el jefe de Policía—. Ya que los periódicos se han burlado de nosotros, no me importa escuchar a ese hombre. Si es un loco (y no lo parece) o un bromista, pronto lo sabremos. De las doscientas cartas y ofertas que hemos recibido en estos últimos días, ésta es la que más se aproxima a la manera de tratar un negocio. Las demás solo han sido de cretinos o desocupados.

Míster Marron penetró en el despacho, mientras un policía le sostenía abierta la puerta.

—Buenos días —dijo Marron, haciéndose ligeramente a un lado—. Quiero presentarles a ustedes a míster Shargon, cuya carta les remití, esta mañana.

Míster Shargon era un hombre muy alto y de una delgadez extraordinaria. En su cara, de un amarillo enfermizo, los pómulos atirantaban tanto la piel, que ésta parecía a punto de rasgarse. La boca era sumida y de labios descoloridos. Los ojos de un azul sucio y tan claros, que a veces las pupilas resultaban casi invisibles. El pelo era ralo y gris. Iba vestido por completo de negro, y sólo la falta del alzacuello le privaba de una apariencia curiosamente sacerdotal.

Estrechó las manos de los otros tres hombres según se los fué presentando Marron, y Parr contuvo un gesto de repulsión. Era una mano extraordinariamente fría y delgada, y además había apretado la suya apenas. Luego, todos se sentaron.

—Bien, míster... Shargon —dijo el alcalde Corrigan—. Así que usted..., así que usted escribió esta carta a míster Marron.

—Así es —respondió Shargon, heladamente, mirándole—. Caballeros: deseo hacer constar una cosa: mi tiempo es precioso para mí, y supongo que a ustedes les ocurrirá lo mismo con el suyo. Por tanto, no lo perdamos en amenidades. Afirmo por escrito en ese papel, y lo garantizo ahora de palabra, que si no es una broma, como apuntan los periodistas en sus crónicas, la recompensa que ofrecen por librar a la ciudad de unos cuantos indeseables, yo lo haré por esa cantidad de doscientos mil dólares, que me será entregada al terminar el asunto a completa satisfacción de ustedes.

Había hablado fría y claramente, con una extraña voz, carente casi por completo de modulaciones. Una voz monótona e impersonal. Parr lo observaba con interés creciente. Aquel hombre debía haber pasado por una enfermedad grave hacía no mucho tiempo. La cara amarillenta, la esclerótica nada limpia, y por último, aquella astenia, casi absoluta, aullaban una palabra: fiebre. Fiebre tropical, quizá.

Corrigan, impresionado, miró a los otros. Sobiewsky jugueteaba con un lápiz, sin dejar de mirar a Shargon. Marcus Marron parecía un gato al acecho del canario. La atmósfera de la habitación estaba

tensa.

—Repito: ¿ofrecen ustedes, efectivamente, doscientos mil dólares por ese trabajo? —dijo Shargon sin levantar la voz; pero pareció como si lo hubiese hecho, tal tono de mando había revestido de pronto.

—Pues... —Marron miró a los demás, como buscando ayuda, pero ninguno de los otros se movió—. Pues, naturalmente...

—¿Sí, o no?

Marron se lanzó al agua:

—Sí, míster Shargon. Yo y otros industriales de la ciudad ofrecemos esa cantidad a quien libre la ciudad de bandidos, chantajistas, estafadores y...

Corrigan le puso una mano en el brazo para reprimir su colérica perorata.

—Bien —dijo Shargon—. Por esa cantidad, yo me ocuparé del trabajo. Si las cosas son como usted dice, míster Marron, no tendrá inconveniente en firmarme un pagaré, un documento cualquiera en el que se me garantice el pago. ¿No es así, míster Marron?

—Naturalmente... —empezó a decir el alcalde.

Pero Shargon alzó una mano en el aire.

—Hablo con míster Marron —dijo—. A menos que usted también forme parte de dichos industriales, en cuyo caso le pediría que tuviese a bien firmar igualmente en el documento.

—Tiene usted mi palabra de honor... —empezó Marron, amoscado.

—¿Lo firma? ¿Cuál es el inconveniente, míster Marron? Si está usted decidido a pagar, no encontrará ofensivo el comprometerse a ello por escrito.

Marron estaba sofocado.

—Di a tu secretario que extienda un documento... —empezó, dirigiéndose a Corrigan.

Éste se puso en pie.

—Veamos —dijo—. Míster Shargon: no dudo comprenderá usted que las circunstancias son un tanto especiales. Tiene usted la promesa de míster Marron, nuestro más conspicuo ciudadano, de que, de arreglarse este desagradable asunto de una manera satisfactoria para todos, él le hará a usted entrega del dinero ofrecido. Yo, como primera autoridad de la ciudad, puedo

garantizarle a usted que no es necesaria la firma de ningún documento. Los periódicos, por otra parte, se han hecho eco de la oferta; ésta no está montada al aire.

—Bien —dijo Shargon—. Ha hablado usted ante testigos. Prescindiremos del documento escrito. Creo que nada más queda por decir.

Y se puso en pie.

—Un momento, míster Shargon —dijo Parr, sin levantar la voz—. ¿Me permite usted algunas preguntas?

—Míster Parr es funcionario del Gobierno —dijo Corrigan, oficiosamente; era el que parecía más afectado por la insólita situación.

—Quisiera preguntarle cómo piensa librar a la ciudad de esos... indeseables —dijo Parr.

Shargon lo miraba fijamente, sin pestañear.

—Eso es cosa mía, míster Parr.

—Pero supongo, para que el jefe Sobiewsky y yo entendamos mejor su labor, que no hará usted uso de... ningún argumento reprochable. Debo decirle, míster Shargon, que considero todo esto como una broma, en la que, desgraciadamente, se ha empeñado míster Marron. No creo que pueda usted conseguir, en manera alguna, un resultado positivo en el trabajo que quiere ejecutar. Bien; pero eso no es cosa mía. Lo que sí quiero recordarle es que esta ciudad está sometida a unas leyes, que el jefe Sobiewsky y yo estamos obligados a hacer respetar. Lo aclaro para el caso de que usted se sintiese impulsado a...

—No debe preocuparse, míster Parr —dijo Shargon—. Naturalmente, me libraré muy bien de colocarme en falsa postura ante la Ley.

—En ese caso, ¿cómo se propone...? —empezó Sobiewsky.

Shargon no le dejó acabar:

—Caballeros: no tengo nada más que añadir.

—Debo advertirle, entonces —dijo Parr, irritado—, que no toleraremos nada que no sea estrictamente legal. Lo detendremos a usted a la primera señal o a la primera denuncia. Si esos individuos no están presos en este momento, es únicamente por falta de pruebas. Nada más. No porque nosotros los toleremos. Si usted descubre alguna prueba de las actividades delictivas de ellos, su

obligación es hacérsela saber, y no obrar por su cuenta, recuérdelo. Y ya le digo: considero todo esto como una broma; pero no toleraré que se vuelva pesada. Que míster Marron le regale a usted doscientos mil dólares, si ello le place; pero no traspase usted ni tanto así el límite de la Ley, porque se verá entre cuatro rejas.

—Tomo nota de todo ello —dijo Shargon. De no ser su acento tan monótono, cualquiera hubiera creído descubrir un cierto tono de ironía en él—. Tomo buena nota. No se preocupen, míster Parr y míster Sobiewsky. No es necesaria la violencia para manejar ciertas situaciones. No precisarán ustedes meterme en la cárcel, porque ninguna denuncia será presentada contra mí. Deseo a ustedes, a todos ustedes, muy buenos días.

—Pero... —empezó Marron.

—Lo siento —dijo Shargon, volviendo hacia él las muertas pupilas—. Deseo ponerme a trabajar cuanto antes. Creo que ya está todo dicho.

—Pero yo...

—¿Sí, míster Marron?

Marron pareció ir a hablar; pero luego cerró la boca de pronto.

—No, nada —dijo—. Si necesita usted ayuda... Me refiero a dinero...

—El dinero lo tomaré de usted, en su totalidad, cuando haya acabado el trabajo —dijo Shargon—. Adiós, señores.

Y salió. Parr se volvió a Sobiewsky:

—Póngale a alguien en los talones, John. Que averigüen dónde se hospeda y de dónde viene.

Sobiewsky salió rápidamente del despacho. Míster Marron se quedó mirando a Parr, con socarronería.

—No parece usted muy satisfecho, míster Parr —dijo.

—Su broma puede costarle cara a alguien —respondió el detective—. Si ese hombre, cegado por el dinero, hace alguna tontería, lo meteré en la cárcel y lo procesaré. Recuérdelo. Usted será el responsable.

—Parece un hombre que sabe valerse a sí mismo —dijo Corrigan—. Pero, Marcus, doscientos mil dólares... Son muchos dólares... Muchos..., doscientos mil dólares...

—Al fin y al cabo, no van a salir de tus bolsillos —respondió el industrial, con un poco de brutalidad en el tono—. Somos yo y los

otros los que pagaremos por vernos libres de esa partida de granujas...

—Bien; recuerde lo que le dije —respondió Parr, poniéndose el gabán para salir—. No permitiremos, ni Sobiewsky ni yo, que se intente convertir la ciudad en una sucursal de Chicago.

Sobiewsky volvía cuando él salió al pasillo.

—Tengo dos hombres tras él —dijo el jefe—. Dentro de un rato sabremos alguna cosa. ¿Quiere usted que le telefonee?

Parr asintió y echó a andar de nuevo. Cuando llegó a la calle, y justo en el momento en que iba a subir a su coche, vio cómo otro negro, de gran potencia, un «Rolls», se deslizaba suavemente hasta casi tocar el suyo.

—Buenos días, míster Parr —dijo Ana Marron desde el interior—. ¿Está mi padre con míster Corrigan?

—Sí —respondió el joven—. ¿No es muy temprano para usted?

—Soy una muchacha que trabaja —dijo ella, echándose a reír—. No crea que está viendo a la clásica muchacha rica y holgazana. Ahora mismo me dirigía a la exposición de Miles. He de hacer una crítica de ella para el «Critérium».

—¿Le molestaría que la acompañase? —preguntó Parr—. No entiendo gran cosa de pintura, pero me gusta mirar los cuadros.

Ella dudó un momento.

—Bien; no veo ningún inconveniente. ¿Me sigue en su coche, o prefiere venir en el mío?

—Ya telefonearé a Sobiewsky para que se lleve el mío —dijo, subiendo al «Rolls».

El interior del auto olía tenuemente al perfume de la joven. Tom, el chofer, un mocetón de dos metros de altura, con cara de boxeador, puso el vehículo en marcha.

—Es curioso —dijo ella, de pronto, mirándole—, pero usted me recuerda a alguien. Cuando mi padre me lo presentó, hace unos días, hubiera jurado que ya lo había visto en alguna otra ocasión: pero no he logrado recordar. Y anoche...

—De manera que se dio cuenta de mi presencia. —Parr le ofreció un cigarrillo y se lo encendió—. Hubiera jurado que no miró ni una sola vez en mi dirección.

—La «bailarina» de Alejandría no me gustaba. Francamente, encontré excesivo... movimiento en ella. No bailaba, sino que se

retorcía en todos los sentidos.

—Dispense una pregunta. El Nilo pertenece a míster Bender, ¿no es así?

Ella le miró a los ojos rectamente.

—Eso creo. ¿Por qué menciona usted a míster Bender aho...?

Se interrumpió al darse cuenta de que él no le escuchaba. Estaba mirando por la ventanilla. Ella siguió su mirada y vio a un hombre alto, delgado, vestido de negro que acababa de bajar las cuatro gradas que separaban de la calle la casa número 7 de Prescott Boulevard.

—¿Conoce usted a ese hombre, míster Parr?

—Dispense —dijo el detective—. Sí; lo conozco. Lo he visto hace unos minutos escasamente. Me pregunto si es ahí donde vive.

—Probablemente, no —respondió la muchacha de pronto—. Y digo probablemente, aun cuando podría decir seguro. Quien vive en esa casa es míster Bender. ¿Puedo preguntarle quién es ese hombre?

—Lo ignoro —respondió Parr.

Y decía la más completa de las verdades. La muchacha le oyó murmurar un «Es extraño, pero lógico», antes de que llegaran a la Galería de Arte de Solomon, donde se exponían las pinturas de Miles.

CAPÍTULO 3

Diciembre, 16, p. m.



OMPRENDERÉIS que es inútil, si no tiráis más fuerte —dijo Ben Sobiewsky, con desprecio—. Esto me ocurre a mí por andar siempre con una chica y con un flojo.

El patín se había atascado en la nieve y les resultaba muy difícil sacarlo de allí. Ben Sobiewsky tiraba con todas sus fuerzas. A su lado, Aurea Marron y Mike Corrigan procuraban ayudarlo.

—¿Quién es un flojo? —preguntó Mike, con moderada belicosidad.

—Tú —fue la aplastante respuesta—. ¡Hey, Aurey, me estás

metiendo los pelos en la boca! ¿No puedes ponerte al otro lado? Empujad, los dos de una vez, ¡tripas!

Por fin consiguieron, sacarlo. Aurea Marron, con el pelo revuelto, se subió al patín.

—Me tocaba a mí —les recordó, cuando vio el gesto enfurecido de ambos muchachos—. ¡A ver si es que ahora vais a decir que no me tocaba a mí! ¡No irás a decirme que no me tocaba a mí, Ben Sobiewsky!

—¡No te voy a decir nada! —Gruñó Ben—. Y ¡que luego digan que qué desgracia haber nacido chica!

—Ben Sobiewsky... —empezó a decir Aurea, con la cólera brillando en las azules pupilas.

El hijo del jefe de Policía se encogió de hombros y se puso a silbar. Mike Corrigan los miraba alternativamente, irresoluto.

—No empecéis a pelearos... —dijo—. Siempre tenéis que estropearlo todo. Déjala que suba ella. Después de todo, Ben, tú ya has subido muchas veces, ¿no?

—Por eso, porque soy el jefe, ¿no? —respondió el otro al instante—. Ahora, que si no queréis que sea el jefe, yo lo dejo. ¡Maldito si me importa ser el jefe de una pandilla de flojos y de chicas! ¡Maldito si me importa!

Aurea Marron se apeó del patín, dispuesta a la batalla. Unas cuantas escaramuzas con la hija del industrial, hubieran debido enseñar a Ben a ser más prudente, pero sólo intrepidez albergaba Ben en su cuerpecillo. En ese momento dijo Mike Corrigan:

—Mirad qué hombre tan raro. Y ha salido de la casa del «Sombrero Loco».

Los otros se volvieron a mirar. Estaban en una pronunciada cuesta, que algún día se convertiría en escalinata —ése era el proyecto del Ayuntamiento— del nuevo parque; pero, por ahora, no era más que una cuesta, donde se podía patinar sobre la nieve, y que contenía los suficientes obstáculos naturales como para hacer agradable y aventurada su utilización. Más arriba de donde estaban ellos empezaba el bosque, muy tupido de abetos y de pinos, cuyas frondosidades exploraban los chicos de cuando en cuando, y en el cual tenían sus escondites secretos, sus lugares de iniciación a todas las sociedades secretas que formaban —aproximadamente, una cada quince días—, y por último, las primeras estribaciones de la Sierra

Olvidada, a la cual sólo se encaminaban en excursiones familiares. Tenían terminantemente prohibido por los padres el traspasar los límites del bosque por la parte Norte. En las anfractuosidades de Sierra Olvidada había aún varias familias de lobos grises, de gran alzada y bastante peligrosos.

Y allá abajo, sobre una especie de meseta natural, cortada a pico por uno de los lados, estaba la casa del «Sombrerero Loco». Era una construcción maciza, de piedra y ladrillo, de dos pisos, y notoriamente rara. A esa rareza y a la conducta de su propietario, debía el sobrenombre que le pusieron los chicos.

Un hombre había salido de la casa del «Sombrerero Loco». Era muy alto y delgado, y vestía completamente de negro. Ningún automóvil lo esperaba, pese a que la casa se hallaba completamente aislada, y a más de diez minutos de distancia de la ciudad. Los tres chicos se miraron.

—¡Vaya una facha! —dijo Ben Sobiewsky, olvidando su disputa con Aurea—. Vamos a ver adonde se dirige.

—Sí —respondió Mike Corrigan—. Vamos a verlo. Nosotros seremos los bravos «pies negros», y él, nuestra víctima.

—Estoy cansada de indios —dijo Aurea—. Vosotros seréis agentes secretos, y yo, una bella espía, y él, un...

Pero Ben jamás permitía que fueran otros quienes determinasen el papel que habían de representar. Su sentido de la dignidad que encierra la jefatura de una banda no lo permitía.

—Nada de eso —dijo, firmemente—. Seremos investigadores del espacio, y ese hombre, un robot llegado de otro planeta. Vamos a seguirle, porque quiere destruir la Tierra con sus rayos cósmicos.

Y dejando el trineo escondido tras de una peña, se lanzaron tras las huellas del hombre vestido de negro.

—Se aloja en un hotel de tercera categoría, el *Royalty*, en la calle Veintinueve. Me han dicho que llegó allí hace un mes, pero no hace sus comidas en el hotel. La mujer del vigilante dice que algunas mañanas la cama está sin deshacer, y hace una semana estuvo ausente tres días. Paga bien, todos los sábados, y no tiene apenas equipaje. Firmó en el libro registro como míster A. Shargon, procedente de Nueva York. He enviado un cable allá para que me digan si saben algo, pero no lo creo.

—Ni yo tampoco —respondió Parr, sujetándose el teléfono entre el hombro y la oreja y rebuscando en sus bolsillos para encontrar tabaco—. Por cierto, John, ¿le suena ese nombre de Shargon?

—Francamente, no. Lo encuentro...; bueno, pues no mucho más extraño que el mío. Al menos, eso es lo que pensaría un anglosajón.

—No es eso. Me anda rondando por la cabeza ese nombre. Yo lo he oído en alguna parte antes de ahora.

—¿Relacionado con algo del servicio?

—No, no se trata de eso, creo. Es que tengo la sensación de haber oído ese nombre... Sí; sé que alguna vez lo he oído. En fin, ya me vendrá a la memoria. Es peor querer forzarla. Bien, John: ¿quería usted verme?

—Venga a casa a tomar una taza de, té. Yo estoy en el despacho, pero voy ahora mismo para, allá. Aunque quizá no quisiera usted salir ya a esta hora.

—Me gusta la idea. Iba a ponerme a leer, pero puedo dejarlo para luego. Quiero conocer a su esposa.

Media hora más tarde estaba en la sala de los Sobiewsky. Sarah era una polaca de pelo amarillento y cara rosada. No hablaba demasiado bien el inglés, lo cual era motivo de eternas bromas por parte de su marido y de su hijo, bromas de las cuales era ella la primera en reírse. Les sirvió el café y se sentó ante el aparato de televisión, a hacer calceta y a contemplar el programa.

—Míster Shargon ha hecho tres visitas esta mañana —dijo Sobiewsky.

—Al salir de una de ellas lo vi yo. *Miss Marron* me dijo que salía de casa de *Bender*.

Sobiewsky asintió, pensativo.

—Y luego se fue a la casa que *Bell* tiene en las afueras, cerca del bosque de *Linden*. Y por último, otra a la oficina de *Timpany*. No estuvo en ellas más que un momento, el suficiente como para dar un recado, supongo.

—Yo le aconsejaría que no lo perdiera de vista —dijo Parr, encendiendo la pipa—. Hola, Ben. ¿Dónde están los otros?

El chico acababa de entrar en la habitación, y después de dar las buenas noches, se había sentado en el suelo para mirar la pantalla del televisor.

—Ana Marron nos ha encontrado en la droguería y ha obligado

a Aurey a irse con ella a casa. Y Mike dice que su padre se enfada mucho cuando son las cinco y no está en casa, en invierno. ¡Como si la nieve tuviera algo que ver! ¡Lo que pasa es que son unos flojos!

—Es que tú vienes de gentes que no tuvieron nunca miedo al frío y a la nieve —dijo Sobiewsky, con leve orgullo—. Pero, de todas maneras, con este tiempo estáis mejor en casa. En casa de quien sea, pero en casa.

—Y precisamente cuando nos estábamos divirtiendo —dijo Ben, con aire de fastidio— teníamos ya la presa segura. El hombre ne...

Se calló, prudentemente. Los mayores no entienden de esas cosas. Además, los dos hombres ya estaban hablando entre ellos. Por lo cual el chico se puso a mirarla pequeña pantalla.

—Alguien debería procurar apartar a *miss* Marron de ese Bender —dijo Parr—. Apartarla de una manera sensata, claro está. Con esa oposición del padre sólo conseguirá que ella se encapriche más con él. Anoche estuve en El Nilo, el «*cabaret*» de Bender. Ella estaba allí, con él. En cierto modo —añadió a regañadientes— me explico un poco la actitud de la chica. Será un tuno, pero es atractivo.

—Mucho —reconoció Sobiewsky—. No sé por qué lo he distinguido siempre de los demás. Quiero decir de Timpany y de Bell. Aunque quizá, por no parecerlo tanto, sea más peligroso. El caso es que en cierta ocasión una familia pobre hizo radiar por la emisora la necesidad que tenían de cierto medicamento alemán o suizo, no sé. Nadie parecía tener ni un gramo, pero Bender lo consiguió, ignoro dónde, y salvaron la vida de una pequeñuela. Lo más curioso fue que lo hizo sin darle ninguna publicidad al asunto, y sin que su nombre figurase para nada. La familia necesitada no supo quién le había proporcionado el remedio, pero yo me enteré porque Aurea Marron se lo dijo a mi Ben. Lo había oído comentar a Ana y a míster Marron.

—Ya... —dijo Parr—. En fin, creo que tendré que marcharme.

—¿Otra taza de té, míster Parr? —preguntó Sarah Sobiewsky.

Ana Marron levantó la vista hasta encontrar los ojos de su acompañante.

—No —dijo—. Me iré a casa.

—Es que si fuese cosa de poco tiempo... —Bender se detuvo y pareció reflexionar—. Sí, quizá sea mejor que te vayas a casa. Te

acompañaré.

Ana puso su mano enguantada sobre la del hombre.

—No, querido. Creo que acabaré neurasténica si sigo teniendo que soportar una escena diaria con mi padre. Hace un momento obligué a mi hermana a volverse a casa y ese pequeño diablejo no me lo perdonará fácilmente. No tendría nada de particular que fuera con algún chisme a mi padre. Es una maestra en el arte de revolver las cosas hasta hacerles parecer lo que no son.

Bender sonrió ligeramente. Era un hombre de unos cuarenta años, alto, de pelo negro con pinceladas blancas en los aladares. Sus facciones eran precisas y firmes y denotaban energía. Tenía los ojos azul oscuro.

—¿Te veré mañana? —preguntó.

—No lo sé. —Ana Marron se puso en pie. Habían estado sentados, hasta que avisaron a Bender de que se le esperaba, en una de las mesas del club El Nilo, colocada estratégicamente en uno de los rincones, lejos de la orquesta y de la pista. Era la mesa más reservada del local, y Bender, como dueño de aquél, la utilizaba siempre—. Te llamaré.

Bender se llevó a los labios la enguantada mano con un gesto que en él carecía por completo de afectación. Aquella galantería añeja y desacostumbrada, ejecutada por él no solamente no parecía ridícula, sino que resultaba llena de encanto. Cerrando los ojos, no le costaba gran esfuerzo a Ana representárselo enfundado en un uniforme gris o verdoso de doradas charreteras y calzado con altas botas de montar color *champagne*. A menudo, la muchacha se había preguntado de qué país europeo procedería.

—Adiós, Ken —dijo. Vaciló un momento, y luego, como si le costase gran trabajo, agregó—: Y... lleva cuidado.

—Lo tendré —respondió Kent Bender.

Una de las cosas que más le agradaban a Ana de él era que jamás fingía no comprender cuándo en realidad «había» comprendido.

El coche de Ana, con el gigantesco Tom al volante, se hallaba a la puerta de El Nilo. Ana subió a él, y mientras el «Rolls» se deslizaba suave y silenciosamente sobre la delgada capa de nieve con dirección a su casa, la muchacha se puso a pensar con tristeza en sí misma y en Kent Bender.

Unos amigos la habían llevado a El Nilo hacía once meses. Once meses, siete días y una hora, para ser exactos. Uno de sus compañeros, un crítico musical, le había presentado al dueño. Después de unas cuantas frases de las usuales entre personas que acaban de conocerse y que apenas tienen que decirse, Ana, en broma, comentó las pinturas murales del «*cabaret*».

—Los colores son falsos —dijo, sonriendo y mirando a Bender—. Algunas de esas escenas de la vida egipcia de hace tres mil quinientos años están bien pintadas; seguramente las han copiado directamente de fotografías en negro. Pero esas otras en que su artista quiso improvisar, míster Bender, son totalmente inadmisibles. Esas bailarinas parecen coristas de un teatro de segunda fila de Broadway cuyo empresario ahorrarse en el vestuario. Por otra parte, la cruz ansada, el emblema de la vida, lo colocaban los pintores de cámara en la mano de sus reales modelos, pero no parece probable que pescadores, marinos y labradores de Tebas o de Menfis se pasearan por mercados y tabernas llevándola en la mano. Parece ser que hubo una indigestión de películas en el decorador.

—¿Hay más detalles..., «lapsus», quiero decir, *miss* Marron? —preguntó Bender, con voz grave.

Ana pensó que se había propasado en sil crítica.

—Dispense —dijo—. Al fin y al cabo todo eso no tiene ninguna importancia. Muy pocas personas repararían en esas cosas.

—Usted lo ha hecho, y no me gustaría que otros lo hicieran. Señorita Marron: ¿querría usted actuar como asesor de mis decoradores? Naturalmente, usted misma fijaría sus honorarios.

Ana creyó percibir un timbre escéptico en la voz de Bender.

—Tal vez crea usted que no podría hacerlo, ¿no es así? —preguntó ella—. Pues bien: lo haré, siempre que se sigan todas mis indicaciones. Y después, el profesor Béla podría dar su opinión.

—No necesito la opinión del profesor Béla —respondió él, sin dejar de mirarla—. Me basta con la suya.

Ana se dijo que se estaba portando tontamente, pero delante de aquel hombre le parecía que las dos o tres copas de *champagne* que había bebido se habían multiplicado. Era estúpido comprometerse a servir de asesor para... una taberna, una casa de juego y quizá algo peor. Pero una chispa maliciosa que danzaba en aquellos ojos azules

la decidió.

—Mis honorarios serán una cena para todos los que estamos aquí.

—De acuerdo —respondió él.

Dos meses después el salón El Nilo estaba totalmente reformado. La cena se celebró. Para entonces, Ana había comprendido que el primer hombre «verdadero» se había cruzado en su camino, y tenía gran seguridad de que Kent Bender también había hallado la mujer «verdadera». Sí, tenía gran seguridad en ello, pero... Ana no acostumbraba a engañarse a sí misma. Kent era un hombre fuera de la Ley. Si no transgredía ésta abiertamente, Ana estaba cierta de que otros lo hacían por él. El Nilo era un garito disfrazado, y como él tenía Bender otros tres. Allí se desplumaba a personas que luego no habían de quejarse a la Ley, porque el juego estaba permitido en el Estado, aun cuando tuvieran vehementes sospechas de que habían sido despojados de su dinero por medio de trampas tan hábiles que ni ellos sabían siquiera cuándo se las habían hecho, ni de qué manera. Ana apenas sabía alguna cosa de la vida anterior de Bender, como no fuese que no había nacido en América y que había viajado mucho. Nada más. Por eso, sus relaciones eran quebradizas como el cristal. No estaban prometidos, aun cuando se amaban, o al menos así lo creía ella. No había hablado de casarse, y cada vez que se veían la joven volvía a su casa llena de tristeza y con el corazón encogido. Y, sin embargo, no hubiera podido dejar de verlo, aun cuando sólo fuese una vez a la semana, una sola, y a la vista de muchas personas.

—No te metas en eso, princesa —le dijo—. Siento mucho la desaprobación de tu padre y la tuya, pero es demasiado tarde para cambiar. Al fin y al cabo, princesa, me rechazaste cuando te dije que me gustabas, que te amaba. Tus principios se han salvado, el sentido de las conveniencias no ha tenido que levantar su cabeza de serpiente.

Estuvo dos semanas sin verlo. Luego se lo encontró en el teatro y aceptó la invitación de él para cenar juntos. Al fin y al cabo, se dijo desesperadamente a sí misma, en verlo no había ningún mal. Y con esa confianza propia de todas las mujeres enamoradas, se sugestionó a sí misma con la idea de que quizá «pudiera haber algún bien en verlo». Un hombre puede cambiar, muchas mujeres

han conseguido ese milagro. Allá, abajo, en lo más profundo de su ser, un duendecillo lanzó una carcajada burlona cuando llegó a este punto.

En este estado de ánimo, muy resentida con aquel duende, llegó a su casa.

CAPÍTULO 4

Diciembre, 16, noche.



A casa de Bender, en Prescott Boulevard, era una amplia edificación de principios de siglo. Habían sido efectuadas en ella abundantes mejoras, y resultaba no solamente confortable, sino lujosa. En las paredes había cuadros de modernos latinoamericanos, y los muebles eran de una mezcla de estilos que definían la personalidad del dueño, una personalidad bien poco sujeta a reglas.

En el despacho había dos hombres con Bender. El primero de

ellos era alto, muy ancho de hombros y de pecho y de gran cabeza braquicéfala casi rapada. Tenía ojos muy azules, que rara vez se fijaban en su interlocutor; por el contrario, vagaban casi constantemente de un punto a otro de la habitación.

El segundo era delgado, de mediana estatura y de mórbidas facciones femeninas apenas atenuadas por un bigotillo ridículo que sombreaba su boca. Sus movimientos eran ora lánguidos, ora convulsivos, y en sus cóleras su voz se tornaba chillona como la de una mujer.

El hombre de la cabeza rapada, Stephen Bell, estaba riñendo una combinación de «*whisky*» y ginebra. Bender tenía un coñac ante sí, y Timpany, el afeminado, agua de seltz teñida con algún licor de hierbas. Estaba muy excitado, y su voz sonaba aguda y desagradable.

—Te estás portando como una mujer histérica —dijo Bender, apaciblemente—. El que niegues los hechos no bastará para neutralizarlos.

—¡No puede ser él, os digo! —chilló Timpany—. ¡No J puede ser! ¡Estaba muerto! ¡Estaba muerto!

—Nadie mejor que tú para saberlo —respondió Bender, sin alzar la voz—. Al fin y al cabo fue tu cuchillo el que le abrió la garganta.

—¡Después de que vosotros le privasteis de la quinina!

—¡Así lo he visto yo muchas veces! —dijo de pronto Stephen Bell con voz profunda, que parecía salir del fondo de una gruta—. Así lo he visto, retorciéndose de fiebre, chascando los dientes y pidiendo agua... Muchas veces ha llegado así a mí...

—Sea como sea, el caso es que aquí tenemos la mandrágora —dijo Bender, observándolos curiosamente y abriendo su mano.

En ella había una raíz de aspecto vetusto, retorcida, de madera muy dura. Jugueteeó un momento con ella, y, por fin, la dejó sobre una mesita de fumador. Timpany sacó otra, muy parecida, de su bolsillo, y la arrojó con rabia contra la alfombra.

—Sí —dijo chillonamente—. Los tres hemos recibido su raíz de mandrágora, su maldita raíz de mandrágora, su talismán del que no se desposeyó nunca. ¡Nunca, ni aún en el momento en que moría!... ¡Porque está muerto, os digo que tiene que estar muerto!

—No ha muerto y viene a castigarnos —tronó la voz profunda de Bell—. No ha muerto. Los espíritus de los muertos me lo han

comunicado así. Han venido en bandadas, durante la noche, y así me lo han comunicado. Muchas noches he despertado creyendo que la sombra de Merriman estaba junto a mi cama. Ahora ha llegado ya.

Los ojos azules, fanatizados, de Stephen Bell miraban sin ver. Si la parte inferior de su rostro no hubiera estado completamente rasurada, su semejanza con un bíblico profeta hubiera resultado aterradora. No obstante, como Bender sabía muy bien, Bell no era un profeta, sino, un demente. Durante el día resistía bastante bien, coordinaba casi a la perfección, pero al llegar la noche se convertía en un poseso atormentado por las sombras del pasado. Entonces bebía, bebía como una esponja, y el resultado era aún peor. Legiones de espectros lo asaltaban, se disputaban sus nervios y su cerebro, y acabarían por destruirlo. En estos momentos Bell estaba en la linde que separa la locura de la razón.

—Escuchad —dijo Bender—. Y procurad meter esto en vuestra cabeza: si es Merriman, estamos perdidos. Nos perseguirá hasta exterminarnos, querrá vengarse horriblemente. Pero ahora no estamos en la misma situación que entonces. Ahora podemos ofrecerle algo: dinero. Tanto dinero como no podría él esperar jamás. Debemos hacérselo saber. En último caso, tampoco somos débiles: podemos defendernos. Pero antes que nada debemos saber qué es lo que quiere.

—Lo que debemos hacer es matarlo si es Merriman —dijo Timpany, —que se había ido tranquilizando—. Pero matarlo «de verdad», asegurándonos de que ha muerto.

—Un espectro más, ¿qué me importa? —dijo Bell, casi en trance—. Sí, debemos hacerle volver al mundo de las sombras. Él era ya una sombra, no tiene derecho a pasear por el mundo de los vivos.

La luz de la pantalla iluminaba su cara de rasgos endurecidos y angulosos. Con los ojos casi en blanco producía un efecto espantable. Timpany lo miró con prevención y luego cambió otra mirada con Bender, pero éste no contestó a su gesto. Parecía meditar profundamente.

—Primero hablaremos con él —dijo por fin—. Debemos saber lo que quiere. Porque, además, si es un impostor, alguien que conoce aquella historia, podremos sacárnoslo de encima mucho más fácilmente que matándolo. Necesitamos saber si Merriman murió o

no murió aquella noche en la selva.

Bell, haciendo un esfuerzo, pareció volver en sí. Tomó una copa y la vació de un trago.

—De acuerdo contigo, de acuerdo. Tiempo habrá para matarlo.

—Cometéis una equivocación —replicó Timpany, poniéndose en pie. Sus movimientos eran suaves y femeniles—. Pero estoy conforme de momento. ¿Cómo nos pondremos de acuerdo con él? ¿Cómo podremos reunirnos con él?

—De eso se encargará él mismo —respondió Bender—. Por ahora se ha limitado a enviarnos su tarjeta de visita. Supongo que intentará ponerse en contacto con nosotros.

Timpany lo miró con maldad.

—Dentro de un par de horas sabré yo dónde se hospeda ese misterioso hombre vestido de negro —dijo—. Voy a enviar a varios de mis hombres a que lo averigüen.

—En tu lugar yo me movería con pies de plomo —respondió Bender—. Y, otra cosa, no tengas tanto miedo. Al menos, no lo dejes ver de una manera tan sensible.

—¿Quién podría tener miedo a las cosas de acá abajo? —preguntó Bell de pronto alzando las manos enormes y contemplándoselas curiosamente—. No, no debes tener miedo, Diomedes.

—No pronuncies ese nombre —respondió malignamente Timpany—. Cada día estás peor. Te vas hundiendo poco a poco más profundamente en la locura. Cualquiera día olvidarás que te llamas Stephen Bell y saldrás a la calle predicando el temor a los muertos y anunciando que tu nombre es Stoian Belik...

—Si no te callas te vas a quedar sin dientes —dijo Bender, colocándose ágilmente a su lado. Bell contemplaba a ambos con mirada errabunda—. Una palabra más y te rompo todos tus podridos huesos de vicioso.

—Déjalo —dijo Bell poniéndose en pie trabajosamente. Parecía un viejo, y, sin embargo, no tenía más que cincuenta, años, cinco más que Timpany y diez más que Bender. Pero este último sabía qué era lo que motivaba el cansancio moral de Bell—. Déjalo. Al fin y al cabo no es más que un can, siempre lo fue. Un can que ladra a la luna. ¿Hundirme en la locura? ¿Acaso no es eso preferible a enfrentarme continuamente con esos fantasmas?, Sí, Diomedes, así

me hundiese en ella definitivamente. Y recuerda lo que te digo: puede que antes de que haya pasado mucho tiempo tú también desees estar loco para escapar de ti mismo. Opino como tú, Kurt, deberemos saber primero qué es lo que quiere ese hombre y si efectivamente es él. Ahora me voy.

Y salió lentamente de la estancia. Bender se volvió hacia Timpany.

—Lárgate tú también. Y recuerda: no vuelvas a hablar en mi casa de ese modo a Stoian, o no saldrás entero de ella.

—¿Ha llamado ya a la puerta de tu piedad? —preguntó Timpany burlonamente—. Kurt Wanderer, el gran Kurt Wanderer, siente compasión por Stoian Belik, el cruel, el sanguinario, el exterminador. Y todo, ¿por qué? Porque el gran Kurt Wanderer está enamorado. Sí, ha caído en la misma trampa en que todos los grandes hombres han caído alguna vez: se ha enamorado. Siempre dije, Kurt, que tu incomprensible afición a las mujeres era un fallo en ti. Un gran fallo. Por causa tan absurda como una mujer se han perdido muchos hombres.

Bender se echó a reír.

—Gastas en vano tus alfileres, Diomedes. Toda la baba que puedas echarme no alcanza a mancharme. Estoy tan por encima de ti, degenerado, que lo que en otro sería un insulto, en tu boca es sólo un cumplido. Pero, recuerda lo que te he dicho: deja en paz a Stoian. Además de que no te voy a consentir que repitas lo que has dicho esta noche, él mismo podría cansarse y te desharía sin más armas que sus manos. Estás yendo demasiado lejos en tu degradación, Diomedes.

Los ojos de Timpany relucieron como cuentas de vidrio, pero no contestó. Durante un momento su pecho se agitó. Una tempestad estaba forjándose allá dentro, pero en un poderoso esfuerzo de voluntad logró apaciguarla.

—Hasta la vista —dijo, y salió de la estancia.

Bender se dirigió hacia la puerta y la cerró detrás de su visitante. Luego regresó a la sala. Previendo aquella reunión, había dejado la noche libre a sus dos criados, de modo que estaba solo en la casa. Se sentó en una butaca cómoda, encendió la pipa y se ensimismó en los jugueteos de las llamas de la chimenea. Estas lamían los troncos de pino con leves chisporroteos. Igual que aquellas otras, allá, en el

fondo de la selva brasileña, lamían la madera húmeda, cuando él no era Ken Bender, sino Kurt Wanderer, el finlandés; cuando Jimmy Timpany era Diomedes Dariades, el chipriota, y el yugoslavo Stoian Belik aún no se hacía llamar Stephen Bell. Y cuando aún vivía Merriman, el jefe. Merriman... Ash Merriman, el hombre que parecía haber resucitado, el hombre que había dejado una raíz de mandrágora a cada uno de ellos aquella misma mañana. La raíz de mandrágora que fue su amuleto en las selvas sudamericanas... Sí, en cierto modo tenía razón Bell: a veces el uso de la razón y de la memoria puede convertirse en pesada carga.



Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia de Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de cow-boys.

CAPÍTULO 5

Diciembre, 17, a m. (Madrugada).



L empleado nocturno del Hotel *Royalty* abrió los ojos (se había quedado transpuesto un momento) con la impresión de que algo no andaba bien. Miró el tablero de llamadas de los cuartos, pero todas las cuadrículas estaban apagadas. ¿Qué podía haber sido? Era un hombre de unos cincuenta años, desaseado, que olía a sudor y a ginebra. Se puso en pie, y entonces vio que la puerta de entrada estaba ligeramente entreabierta.

«El aire», pensó. Sí, seguramente habría sido una pequeña corriente de aire que llegó hasta él. Pero ¿quién habría abierto la

puerta? Como era hombre al que no le gustaban las complicaciones, tenía la norma de dejar correr las cosas. Muchas de ellas se arreglaban por sí solas. Pensó que habría sido él mismo quien la dejara imperfectamente cerrada, y volvió a su sillón detrás del mostrador.

Los dos hombres que en lo alto de la escalera habían detenido su marcha al verlo despertarse prosiguieron su silencioso avance. Llegaron al final de los escalones y enfilaron el pasillo pisando en puntas de pie.

Una solitaria bombilla iluminaba el corredor. A su luz divisaron el número 17 pintado en letras negras sobre una de las puertas y se detuvieron ante ella. Luego, mientras uno de los hombres sacaba un fino vástago de acero de sus bolsillos y hurgaba en la puerta, el otro se empujó y aflojó la bombilla. A oscuras ya, y abierta la puerta, penetraron ambos igual de silenciosamente en la habitación.

Había en ésta, según sabían ambos por haber visto anteriormente otra igual del mismo hotel, una cama, un lavabo, una mesa y, por último, la salida de emergencia. Los dos hombres se quedaron completamente quietos, aguzando los oídos, pero ningún ruido llegó hasta ellos. El ocupante del cuarto debía estar profundamente dormido.

—¡Ahora! —dijo uno de ellos.

El otro encendió la linterna y la enfocó directamente sobre la cama, iluminando el bulto formado bajo las mantas. El que lanzase la orden disparó su pistola silenciosa por dos veces, y luego una más.

—No apagues —dijo—. Tenemos que asegurarnos.

Se dirigió hacia la cama y apartó las sábanas. Abrió la boca lentamente, adoptando un aire imbécil.

—¿Qué ocurre? —urgió el de la linterna, y al cual el cuerpo de su compañero tapaba la visión.

El otro se apartó.

—No había nadie —dijo—. Eran las almohadas. No había nadie en la cama.

Y ambos se miraron con temor. Porque nadie había en la habitación. Habían asaltado un departamento vacío. El negro hueco de la ventana que daba a la escalera de escape pareció una boca que se riese de ellos.

—Esto no me gusta —dijo el de la pistola—. Vámonos. Esto no me gusta nada. Ese hombre podría estar escondido ahí fuera, esperando a que salgamos. ¡Apaga!

—Entonces —dijo el otro—, ¿tenemos que volver a usar la puerta principal?

—Sí —fue la siseante respuesta—. No me gusta esto nada. Podría estar ahí, fuera, en la escalera de emergencia. Vámonos.

Diciembre, 17, a m.

—Allí está de nuevo —dijo Aurea Marron, limpiándose la nieve de las pestañas—. ¡Corre, Mike, avisa a Ben!

Mike penetró como una bala en la droguería de Jimmy. Ben Sobiewsky, en su calidad de jefe de la banda, estaba tomándose un batido de chocolate con sus últimos diez centavos, según se había acordado, ya que, a creerle (y Aurea y Mike creían en él ciegamente), él no podía pensar bien si no era tomando un batido de chocolate.

—¡Ya está ahí «el Sepulturero»! —le dijo Mike, excitado—. ¡Vamos, sal!

—Calma —aconsejó Ben.

Acabó el batido, lamió el borde del vaso y salió de la droguería. Aurea, pegada a la pared del edificio, les hizo una seña. Por la helada calle gris avanzaba el hombre vestido de negro, a pasos rápidos. Cuando llegó al número 7 ascendió las gradas que conducían a la puerta y llamó a ésta.

—Es la casa del novio de mi hermana —dijo Aurea—. ¿Quién será ese hombre?

—Ben carraspeó con importancia.

—Si yo pudiera hablar... —dijo—. Pero no puedo hablar de lo que le oigo decir a mi padre. ¡Eso es sagrado, es su deber!

Los dos chicos lo contemplaron con la boca abierta.

—Anda —dijo Aurea, recordando que era una mujer.

Frunció el hociquito, y su bonita cara tomó un curioso aspecto de pez. Mike se lo hizo notar algo imprudentemente.

—No —aseguró Ben—. Imposible. Pero vamos al Callejón del Hombre Despedazado. Quizá desde allí se vea algo. ¡Mirad, le abre

míster Bender! ¡Vamos!

Y ágilmente, los tres brincaron hacia un pasadizo que se abría en el lateral del número 7 de Prescott Avenue. Era un pasaje estrecho y sombrío, al que abría la puerta de servicio de la casa y un par de ventanas de la misma. El fondo del pasaje estaba ocupado por cajones viejos y toda clase de objetos de desecho. Los tres chicos habían jugado allí muchas veces y sabían que por una de las ventanas, cuando alguien se descuidaba, se podía ver parte de una saleta interior, y una puerta que daba a otra sala mayor. Desde allí vieron una vez a Ana Marron y a míster Bender conversando agitadamente, lo cual causó gran indignación a Aurea.

Alguien se había dejado mal corrido el «stor» de la ventana. Las tres cabecitas se agruparon, anhelantes los pechos, fruncidas las boquitas y brillantes los ojos. Componían un cuadro encantador y terrible al mismo tiempo.

La puerta se abrió y Bender se apartó para dejar pasar a su visitante. Luego lo precedió hasta el salón, sin decir una sola palabra. Timpany y Bell estaban en pie, y las manos del primero se movían epilépticamente. Shargon se quedó quieto un momento, al lado de la puerta, mirándolos a los tres con sus muertos ojos casi incoloros. La situación era tensa, y el aire parecía haberse espesado en torno a ellos. Timpany no pudo soportarlo más.

—¡Miserable! —aulló—. ¿Qué es lo que quieres? ¿De dónde vienes? ¡No conseguirás asustarnos, lo oyes! ¡No lo conseguirás!

—Los años solo, han servido para empeorarte, como les ocurre a los malos alcoholes —dijo Shargon, con un desprecio tan palpable que Bender estuvo a punto de sonreír—. La misma mujerzuela histérica que preferís, el cuchillo y el veneno al revólver. Pero los años han agravado tu caso, Diomedes. Eres un pingajo que trata, de ocultar sus arrugas. No me extrañaría que te quitases años en los documentos.

Sus ojos se posaron en Bell.

—Y tú, Belik, el montenegrino, el hombre de hierro el azote de Dios, el exterminador de pueblos enteros de indios, el vendedor de esclavos al que no le importaba que se le murieran nueve en el camino porque el precio de venta del décimo le compensaba, ¿tienes algún conflicto con tu conciencia? No hay más que mirarte a los ojos para saberlo, Stoian Belik. Tus dos «egos» se combaten

dentro de ti. Parece que las tinieblas rondan ya tu mente.

Belik lo miraba con cara sin expresión. Solamente sus manazas se abrían y cerraban una y otra vez, incansables.

Shargon volvió sus pupilas a Bender.

—Y tú, Kurt Wanderer, el frío hombre del Norte, cuya sangre solamente se excitaba a la vista de un diamante azul, de una helada esmeralda, de un llameante rubí, pero que entonces era capaz de traicionar a su mejor amigo, a su padre si a su lado hubiera estado, por poseer la joya... Sí, ya estamos todos reunidos otra vez, como en los viejos tiempos, como hace más de diez años.

Timpany abrió la boca, pero Bender se adelantó.

—Bien, Ash, sí, estamos reunidos. No necesitamos volver sobre lo que ocurrió, porque jamás ninguno de nosotros lloró sobre la leche derramada. Por el motive que fuese...

Stephen Bell había dado dos pasos, acercándose al recién llegado. Luego extendió su pesado brazo para tocarlo. Shargon se volvió hacia él.

—Hay mucha gente que sabe que estoy aquí en estos momentos. En especial un policía que me ha seguido todo el día de ayer. No penséis en que podríais eliminarme, porque iríais todos a la cárcel al momento.

—Sólo quería saber si eras un personaje real o un producto de nuestra fantasía —dijo Bell. Tocó el brazo de Shargon, y luego se retiró a su posición anterior—. Sí. Eres real. Eres el mismo Ash Merriman. No eres una sombra, después de todo.

—... Por el motivo que sea —siguió Bender— estás, vivo y entre nosotros. Supongo que habrás venido a que te paguemos la deuda, ¿no es así?

—Sí —dijo Shargon—. A que me paguéis la deuda, que contrajisteis. Siempre fuiste el más inteligente de vosotros tres, Bender. Eres el único que conserva el sentido de las proporciones.

—¿Qué quieres, Merriman? —dijo Timpany, esforzándose en que su voz no denotase el terror que lo poseía—. ¿Qué quieres? ¿Nuestros pellejos? ¡No los conseguíais! ¡Somos fuertes! ¿Lo oyes? ¡Muy fuertes!

—¡Cállate, imbécil! —respondió Bender, empujándolo con un brazo—. Si no sois capaces de afrontar esta situación, más vale que os vayáis.

—No, os he citado aquí a los tres —dijo Shargon—. Quiero veros las caras a los tres. Quiero recordar vuestros semblantes rasgo por rasgo, hasta grabármelos.

Bender sirvió una copa de coñac y se la tendió a Shargon. Éste ni se movió para cogerla, por lo cual el finlandés se la bebió de un trago. Su mano temblaba ligeramente cuando depositó la copa sobre la mesita.

—Bien; si os parece, voy a sentarme. Y es aconsejo que hagáis lo mismo. Trataremos mejor nuestro asunto. Merriman, tú siempre fuiste nuestro jefe indiscutible por tu capacidad práctica. Dejemos lo ocurrido: ya no tiene remedio; pero déjame decirte que la situación es ahora la siguiente: los tres nos hemos situado bien en esta ciudad. Poseemos resortes y poder. No ignoramos que tenemos enemigos, y que éstos intentan acabar con nosotros por todos los medios; pero hay fundados motivos para creer que no lo lograrán —sonrió torcidamente—. Sea como sea, el caso es que podemos llegar a un acuerdo contigo, si una compensación económica..., digo mal: no compensación, sino... desagravio, puede interesarte.

Se oyó un ruido como si una carraca dentada hubiese saltado su muelle. Sin apenas mover un músculo de la cara, Shargon se reía. Bell lanzó dos o tres blasfemias y Timpany se puso en pie.

—¿No te resulta... satisfactorio? —preguntó Bender.

Shargon dejó de reír.

—Escuchad los tres: no necesito vuestro dinero. Ni un solo centavo. Sólo deseo haceros saber una cosa: que tenéis que salir de la ciudad, dejar todos vuestros negocios y marcharos de aquí. Nada más.

Timpany se echó a reír como si se hubiera sentido libre de pronto de una pesada carga. Cuando el peligro parecía no amenazar a su pellejo, su valor retornaba.

—¿Tanto dinero tienes que rechazas el que te ofrece Bender? Fíjate bien que he dicho Bender, porque yo no me siento solidario con la idea de indemnizarte. Realmente, querido Ash, no eres comedido pidiendo. Debemos marcharnos de la ciudad... ¿Por qué?

—Aquí o en otra parte —dijo Bell, con su voz profunda de bajo — estaremos igualmente desnudos ante las sombras de los muertos. ¿Dónde encontraremos una capa que nos oculte a ellos? ¿Dónde? Aquí o en otro sitio cualquiera...

Bender le puso una mano en el brazo y el yugoslavo pareció volver a la realidad. Hasta entonces Bell no solía caer en sus extraños estados crepusculares hasta que llegaban las sombras de la noche. Era un mal síntoma que ahora empezase tan temprano.

—Basta ya, imbécil —dijo Shargon a Timpany con su helado tono—. Os marcharéis porque así os lo mando yo. Tengo para ello, inútil decirlo, poderosas armas. No, no temas, Timpany, no amenazo. Yo no amenazo con la muerte a nadie. Pero tú, maldito asqueroso, que hundiste un cuchillo en mi garganta cuando yo me abrasaba de fiebre, te marcharás porque, si no lo haces la Policía americana sabrá que eres Diomedes Dariades, el criminal reclamado en la Sûreté de París por haber asesinado a un niño, y que el mismo día en que iba a ser guillotinado en Amiens se salvó por la entrada en la ciudad de las tropas alemanas. Y que logró huir a Latinoamérica. Por esa misma razón te marcharás de esta ciudad. A propósito: ¡qué imbécil eres! ¿Esperabas poder adelantarte a mí, a Ash Merriman, a tu antiguo jefe? Consideraste suficiente saber dónde me alojaba para creermelo fuera de combate, ¿no es así? Tus hombres, Diomedes, asesinaron a una detestable aun cuando inocente almohada. No vuelvas a intentar nada contra mí, Diomedes, no lograrás tu propósito. Adquirí la inmunidad cuando después de que me abandonasteis con el cuello rebanado unos indígenas me recogieron y me curaron para «torturarme y devorarme después», sin duda en recuerdo de las hazañas de Belik, ¡y aún pude escapar! Sí, entonces adquirí la inmunidad. Quien ha sobrevivido a vosotros y a los antropófagos no podía morir ante las pistolas de dos infelices mercenarios.

Timpany abrió la boca. Bender se le quedó mirando curiosamente.

—Algo así tenía que ser —dijo con acento reflexivo.

Shargon se volvió hacia él.

—Tú, Bender, te marcharás también.

—Supongo que te sacarás de la manga algún triunfo sobre mí —dijo Bender con seriedad—. Procura que sea muy alto.

—Lo es. Te marcharás porque no querrás que *miss* Marron, con la cual te quieres casar, se entere de que ya estás casado y que no puedes divorciarte de tu primera mujer porque está recluida en un manicomio de incurables. Y que fue el enterarse de tus anteriores

actividades lo que la condujo a la locura.

—¡Merriman: hay un límite! —dijo Bender, incorporándose.

Pequeñas gotas de sudor habían aparecido en su frente.

De nuevo se oyó la espantosa risa.

—No para mí. Has dicho antes que fui vuestro jefe indiscutible. Lo fui porque era más inteligente que vosotros tres juntos. Porque yo preparaba todo con la minuciosidad necesaria, porque tuve siempre el genio de los detalles. Pues bien: poseo todos los detalles referentes a ti. Tú, Bender, pensabas casarte con Ana Marron. Has dado ya varios pasos para arreglar una documentación falsa con la que la sorprenderías. Os marcharíais de aquí, viviríais una nueva vida con el dinero que has ganado. Pues bien: no, mi querido Bender. Te marcharás de la ciudad y renunciarás a esa muchacha.

—Ésa es tu venganza..., ¿verdad? —preguntó Bender trabajosamente. Estaba procurando contenerse.

—Lo es. En cuanto a ti, pobre loco de Bell, te marcharás porque el Gobierno federal tendría sumo gusto en saber que eres Stoian Belik, el hombre cuya sola mención hizo temblar a los indígenas de cierta región del Alto Amazonas y al cual el hijo de un cacique, un hombre que ha estudiado en los Estados Unidos, quiere encontrar. Sí, si el hijo de ese cacique se enterase de que Stoian Belik y Stephen Bell eran la misma persona, no habría fuerza humana que pudiera salvarte de la muerte, de una horrible muerte que los brujos de la tribu profetizaron. Tú, Belik, el hombre que incendió pueblos enteros «con sus habitantes dentro», el que arrasó tribus para venderlas como esclavas a los plantadores clandestinos, el «horrendo viento del Este», como te llamaron, te marcharás, porque si no te encontrará el hijo del cacique Cuchiá, o te reclamará el Gobierno brasileño. Y el americano atenderá la reclamación.

Bell agitó una mano en el aire.

—No volveré jamás al Brasil —dijo de pronto, rompiendo también a sudar—. «Allí» no puedo volver.

Shargon irguió su alta estatura.

—¿Cuándo os marcháis? —preguntó.

Bender se pasó la mano por la frente para limpiarse el sudor. Sí; Ash Merriman era el genio de los detalles. De los grandes y pequeños detalles.

—Danos un poco de tiempo... —dijo.

Shargon emitió de nuevo aquella risa.

—Tenéis un mes, mis queridos exsocios. Os concedo treinta días a vosotros, que no me concedisteis ni siquiera un segundo, cuando caí enfermo y en vuestra prisa por encontrar los diamantes y huir de mí, me negasteis la quinquina, y por si acaso no era bastante la malaria, por si acaso la horrible fiebre no acababa conmigo, me degollasteis. Mirad —se llevó la mano al alto cuello y lo abrió de un tirón. Una cicatriz rojiza zigzagueaba en la garganta—. Miradla bien. Pero —y volvió a cubrirse la señal— vosotros dispondréis de un mes. Ahora, adiós.

Y desapareció. Los tres hombres se miraron. Luego, Timpany prorrumpió en insultos groseros y obscenos con tal ímpetu, que la boca se le llenó de baba. Hender, sin hacerle caso, se sirvió mis «cognac».

—Estamos cazados —dijo.



ANTES, AHORA Y SIEMPRE TRIUNFA EL

F. B. I.

UNICA COLECCION EN EL MUNDO
QUE RÉFLEJA LA AZAROSA VIDA DE LOS FA
MOSOS AGENTES NORTEAMERICANOS.

¡COLECCION TRADUCIDA A OTROS IDIOMAS

CAPÍTULO 6

Diciembre, 18, p. m.



UERIDO

Harvey: Te contesto yo en nombre del inspector
O'Toole

para comunicarte que por aquí no sabemos nada en absoluto de un individuo que se llame A. Shargon. Como verás, lo hago extraoficialmente, por la misma razón que te ha movido a ti a preguntarlo de esta manera. La broma es pesada, desde luego, y yo, que no estoy metido en ella, puede que diga alguna tontería;

pero ¿por qué no le preguntas al mismo Shargon lo que significa esa A? Desde luego, lleva el asunto a tu manera; pero me ha dicho el inspector que procures que no se te escape de las manos. Las huellas no tienen correspondencia en nuestros ficheros. Para nosotros, Shargon no existe, aunque investigaremos en Nueva York, según tu deseo. Pero ya sabes lo difícil que es seguir una pista con tan pocos datos. Envíanos una fotografía del hombre, y la haremos circular discretamente en la forma acostumbrada.

«No tengo ningún inconveniente en decirte que me gustaría pasar ahí unos días para seguir la broma de cerca. ¡Sí parece un cuento oriental, eso de ofrecer dinero para sanear un Municipio! En fin, recibe un fuerte abrazo de Tommy.

»P. S. —A lo menor duda pide auxilio».

Diciembre, 26, a m.

La despeinada cabeza apareció sobre el pretil del puente en obras, procedente del lado derecho del río. Ben Sobiewsky saltó ágilmente y luego se volvió para echarle una mano a Aurea Marron, que trepaba tras de él.

—Vamos pronto —dijo la niña, jadeante—. Dentro de un momento no se verá nada. ¡Mi padre me va a matar como vuelva a llegar tarde otra vez!

Como también Mike Corrigan parecía estar lleno de temor a posibles represalias paternas, Ben Sobiewsky acordó generosamente que debían volver ya, sin acabar de explorar el temible Monte del Fuego, donde se escondían algunos miles de feroces guerreros negros de la secta

«mau-mau».

Allá, en su fuero interno, se alegraba de tener una buena excusa para regresar. John Sobiewsky tenía la mano pesada, y también le había prohibido volver tarde.

—Vamos —accedió.

—Pero de prisa —insistió Aurea.

Y apretaron el paso, la niña en medio, dirigiendo ansiosas miradas al cielo, que por momentos se iba tornando más oscuro. El día siguiente a la Navidad se había caracterizado por un cielo sin nubes y un agradable sol; pero ahora, al atardecer, el aire volvía a rugir en los desfiladeros de la Sierra Olvidada, portador preludio de próxima nieve.

La carretera cruzaba el puente. Al final de éste, las obras de ensanchamiento, paralizadas por las recientes ventiscas, presentaban el aspecto de ruinas antiguas, cubiertas por la nieve. Callados los motores de las hormigoneras y de las máquinas cavadoras, rastreadoras y aplanadoras, vacíos los cobertizos, aquello daba impresión de soledad y de algo «no bueno».

—Mirad —dijo, de pronto, Mike Corrigan—. El parapeto se ha caído al barranco.

Parte del parapeto provisional de madera, en efecto, había desaparecido y en su lugar quedaba un hueco que semejava una mella maliciosa. Los tres se acercaron allí. La oscuridad era cada vez mayor, pero...

—¿No es un coche aquello, allá abajo? —preguntó la niña.

—Sí —dijo Ben—. ¡Se ha caído por el barranco!

—Será algún coche viejo —añadió Mike, temerosamente.

Pero Ben movió la cabeza. Dos días antes, «aquello» no estaba allí.

—Esperad un momento —dijo el intrépido hijo del jefe de Policía.

—¡No, Ben! —chilló Aurea.

Pero ya el chiquillo se había lanzado pendiente abajo, con toda rapidez. Cuando llegó, al lado del coche, los otros dos vieron cómo miraba al interior y retrocedía de pronto. El presagio de la tragedia se cernió sobre ambos. Un momento después, Ben llegaba de nuevo hasta ellos. Venía pálido y su voz temblaba.

—¡Corred! —dijo—. ¡Vamos, corred! Ahí abajo... ¡hay un muerto!

Diciembre, 26, p. m.

El coche había sido ya extraído del barranco utilizando una de las grúas de las obras, y descansaba sobre la carretera. La ambulancia se había llevado ya el cadáver. Sobiewsky y Parr contemplaban aquél casi informe montón de chatarra. Más allá, varios técnicos de la Policía y de la empresa constructora contemplaban el hueco que en el parapeto provisional de madera hiciera el automóvil al precipitarse al barranco. Un hombre se acercó a ellos, y movió la cabeza. Luego se volvieron todos hacia Sobiewsky.

—Alguien cambió los faroles rojos de peligro y los puso en otro sitio, según dice este hombre —dijo uno de los técnicos—. Efectivamente, hay señales de que fueron tocados.

—En ese caso —dijo Parr—. Timpany tomaría la curva mucho más abierta, confiando en la posición de los faroles, y... —Hizo un gesto expresivo con la mano, como si ésta fuera un avión picando—. ¿Puede usted probar lo que dice? —preguntó al empleado de la compañía de obras.

El hombre volvió a mover la cabeza. Era un viejo de unos sesenta años, de aspecto inteligente.

—Sé que lo hicieron; pero no se podría probar, supongo yo; quiero decir, ante un Tribunal, ya sabe.

—Sí —dijo Parr—. Cualquiera abogado ridiculizaría esa acusación. Y, sin embargo, lo más probable es que haya ocurrido así. John: creo que tendremos que hablar con míster Shargon, ¿no es así? Vamos, John.

—Francamente —dijo Sobiewsky—, ¿cree usted que ese hombre ha empezado a «limpiar» la ciudad? Francamente, repito, esto no me gusta. Timpany era un indeseable, quizá el más indeseable de la terna; pero... Ha sido asesinado, eso no podemos olvidarlo. Quiero decir, no debemos olvidarlo.

—Veamos a Shargon —dijo Parr.

En el Hotel *Royalty*, el encargado les dijo que míster Shargon, en efecto, se hallaba en su habitación. Cuando llamaron a la puerta, una voz ronca les invitó a entrar. Shargon se encontraba en su lecho, tapado con varias mantas.

—Dispensen que les reciba así —dijo—; pero tengo otro de mis frecuentes ataques de malaria. No suelen llegar hasta la primavera, pero éste parece que se ha adelantado unos meses.

—Demasiado pronto, pero muy oportuno —dijo Parr—. ¿Qué hizo usted ayer, míster Shargon?

—Temblar en mi lecho del dolor. La mujer del encargado me arregló un par de veces la cama y me subió algo de alimento. Ella puede certificarlo. ¿Por qué?

—Lo hará. Y... ¿sabe usted que ha muerto míster Timpany?

—¿De veras? —Shargon se arrebujó más en las mantas—. No; lo ignoraba. ¿De qué ha muerto?

—De una manera completamente natural. Su coche se despistó en un puente en el que se están efectuando algunas obras. También muy oportuno, ¿no, míster Shargon?

—No comprendo lo que quiere usted decir.

—¿Quiere que lo traslademos al Hospital Municipal? —preguntó Sobiewsky.

Shargon movió negativamente la cabeza.

—No. Padezco de agorafobia. No puedo resistir la promiscuidad. Prefiero seguir así. La mujer del vigilante me atiende bastante bien. Y ahora, si no les molesta, preferiría quedarme solo.

Los dos hombres salieron a la calle y subieron al coche, después de oírle a la mujer del encargado que, efectivamente, míster Shargon había pasado el día anterior, fiesta de la Natividad, en la cama. Ella le había subido un poco de caldo.

—No creo que finja la enfermedad —dijo Sobiewsky, poniendo en marcha el vehículo—. Siendo así, él no retiró los faroles de peligro de la carretera. No pudo hacerlo.

Parr guardó silencio un momento.

—Así, a primera vista, parece que no. Pero..., ¡diantre!, resulta demasiada coincidencia.

—Al fin y al cabo, un hombre como Timpany ha de haber criado muchos enemigos —insistió Sobiewsky.

—Vamos a El Nilo —dijo, de pronto, Parr.

—Como usted quiera.

Eran las nueve cuando llegaron al «*cabaret*». Aún no se había llenado, ni mucho menos, la amplia sala, pero ya había algunas personas, casi todas hombres, sentadas a las mesas, encargando la cena. El «*maître*» los colocó en una de las mesas menos próximas a la pista, y Parr le dijo que deseaban hablar con míster Bender.

El cual llegó un momento después. Iba de etiqueta negra, y

destacaba netamente entre los clientes, la mayoría de los cuales eran hombres de negocios barrigones y maduros, ansiosos de un poco de juerga extraconyugal.

Conocía a Sobiewsky, y éste le presentó a Parr. Bender les preguntó si estaban de servicio, y ellos le dijeron que no del todo. Bender, sonriendo, mandó a un camarero que trajese champaña. Las copas llenas, vació la suya de un trago. Parr observó, con sorpresa, que las manos del hombre, grandes, bien formadas, no estaban tan seguras como podría esperarse de una personalidad tan acusada físicamente como la suya.

—Venimos a darle una noticia, que ignoro si será agradable o desagradable para usted, Bender —dijo Sobiewsky—. Timpany ha muerto.

Ni uno solo de los músculos de la cara de Bender se alteró, pero levantó rápidamente las pupilas para mirar a ambos hombres.

—¿De veras? —preguntó. Y luego, tras de una ligera pausa, añadió—: ¿Cómo?

Parr se lo dijo. Él se quedó un momento silencioso.

—Comprendo. Así que fue natural, ¿no es eso?

Parr había reservado su golpe para el final:

—No. No lo diga por ahí, pero alguien estuvo jugueteando con los faroles rojos de peligro. Los volvieron a colocar en su sitio, pero alguien los movió.

—Ya —dijo Bender, y se sirvió una nueva copa.

—Escuche, míster Bender —dijo Parr, de pronto—: ¿conocían ustedes antes de ahora a míster Shargon? Ya sé que él les ha venido a ver.

Bender bebió de nuevo. Luego miró a Parr.

—Lo conocí en una ocasión. Me hizo un pequeño favor. Su visita sólo tenía por objeto proponerme un pequeño negocio.

—Esperaba algo un poco más ingenioso por su parte, míster Bender —dijo Parr—. ¿Quiere decirme dónde lo conoció?

—En alguno de mis viajes, no recuerdo bien —respondió el otro—. En ese momento, una alta y elegante figura femenina se aproximaba a ellos, precedida por el «maitre». —Y ahora, señores, si ustedes me dispensan...

—¿No quiere, de verdad, decirnos dónde y en qué circunstancias conoció a Shargon y qué quería decirles cuando fue a verlos? —

preguntó Parr en voz baja.

Bender sacudió la cabeza y se puso en pie. Ana Marron llegaba ya hasta ellos. De la muchacha se desprendía un perfume muy suave, y que Parr no había olido nunca. Quizá fuera el de alguna flor exótica. Estaba tan bella que cortaba la respiración. Les saludó a Sobiewsky y a él con cordialidad, pero no parecía tener ojos más que para Bender.

—Y bien, ¿se me admite en el ágora? —preguntó.

—Habíamos acabado ya las deliberaciones —respondió Bender—. Señores: si quieren quedarse, considérense como mis invitados; pero, por el momento, habrán de dispensarnos a la señorita Marron y a mí.

Pero los dos se despidieron. Mientras le estrechaba la mano, Parr preguntó a la joven si podría tener el honor de acompañarla de nuevo a alguna exposición. Ella asintió, después de haber lanzado una ligera y rapidísima mirada a Bender.

—Sí; venga a buscarme mañana.

Luego, los dos policías salieron de El Nilo, justo en el momento en que Leila Agar, «la danzarina sagrada de Alejandría», salía a la pista a cosechar su cotidiano pasto de rijosos aplausos.

—Venga a casa a tomar una taza de té —dijo Sobiewsky—. Y de paso, ¿se ha dado cuenta de que ese hombre está asustado?

—Todo lo asustado que puede estar un hombre así. Voy a hacer que investiguen en Washington sobre él, sobre Bell y sobre Timpany. Quizá saquemos algo en limpio. Ahora sabemos una cosa: que conocían a Shargon y que le temen. No eran, pues, bravatas lo de ese tétrico fantasmón. Debe tener poder, cierto poder al menos sobre ellos.

Y en silencio continuaron hasta la casa de Sobiewsky, donde Sarah les preparó en seguida el té a la moda polaca. Ben había sido enviado, pese a todas sus protestas, a la cama, porque su madre creía que estaría asustado por los sucesos del día. En realidad, el chico estaba excitadísimo, tan excitado, que apenas pudo dormir aquella noche. Y durante el poco tiempo en que pudo conciliar el sueño, un individuo alto y flaco le miró fijamente desde las sombras. En lugar de cara tenía una brillante moneda de a dólar.

—... Entonces... ¿crees que ha sido Merriman?

—No me cabe la menor duda, Stephan. Procura fijarte en lo que

te digo, por el amor de Dios: el plazo que nos dio era mentira. Era para que nos confiásemos, ¿no lo comprendes?

—Sí. Quizá tengas razón. Quizá haya sido así. Pero, Kurt, ¿qué más da? ¿Qué más da todo ya?

Bender colgó el teléfono y se limpió el sudor con un gran pañuelo de hierbas. Luego se sirvió un coñac y lo bebió de un trago.

Stoian Belik, conocido por Stephen Bell, estaba sentado ante una mesa sobre la que descansaban una gran carpeta y el teléfono. Su cara estaba seria. Frente a él había dos hombres altos y recios, de caras estólicas. Bell levantó la vista hacia ellos.

—Mañana no iré a las cuadras —dijo—. Decidle a Johnny y a Bertie que se ocupen ellos de todo.

—Jefe —dijo uno de los hombres—: nosotros podemos quedarnos aquí.

—No —dijo Bell, lentamente—. Quiero estar solo. Necesito pensar. He de meditar mucho.

Los dos hombres cambiaron una mirada.

—Está bien, jefe.

Salieron del cuarto, pero solamente uno de ellos lo hizo de la casa. El que se quedó se dirigió a la cocina, donde había dos cocineras negras. Les ordenó que no abriesen en absoluto, para nada, la puerta trasera, y luego se dirigió al garaje, donde había, una pequeña habitación para cualquiera de los hombres de Bell que quisiera quedarse allí por la noche. Debajo de una de las mesas había un cuadro eléctrico de distribución. Movi6 una de las palancas, y comprobó que el sistema de alarma y el de teléfonos funcionaban perfectamente. Luego se echó sobre la cama con unas revistas infantiles y se puso a fumar y a leer.

CAPÍTULO 7

Diciembre, 28, a m.



Un artista mejicano de vanguardia, un mestizo que pintaba valiéndose de rabos de vaca y que aseguraba ser reencarnación de alguno de los cromagnones que decoraron Altamira, exponía en una pequeña galería de arte. Ana Marron y Harvey Parr se pararon delante de uno de aquellos horrores, en el que predominaba un venenoso cinabrio y una indescriptible gama de azules.

—¡Cielos! —dijo Parr, estupefacto.

La muchacha sonrió.

—Se acostumbrará —dijo.

—No podría comer teniendo ante mí cualquier espanto de éstos —declaró Parr, observándola a hurtadillas—. Pero tengo una duda atroz, *miss* Marren: ¿esto es serio?

La joven tomó una rápida nota en un bloc. Luego le miró, regocijadamente.

—El caso es que no lo sabemos, míster Parr...

—Harvey es mi nombre.

Ella le miró rápidamente, de aquella extraña forma que le hacía sentirse a Parr como un colegial.

—Pues bien: no lo sabemos, Harvey. Desde que en una exposición vanguardista se demostró que el primer premio, a cuyo autor se le había dedicado «*ad nauseam*» el calificativo de genio, había sido pintado por un crío de cinco años, con ayuda de un gato al que arrastrara por el lienzo, nos hemos convencido de que no sabemos nada. Lo único que podemos hacer es tratar de desbrozar un poco y... confiar en que los años vayan dejando el sedimento de los buenos y evaporen las burbujas de los malos.

Parr la tomó del brazo para pasar a otro cuadro, y ella se soltó sin afectación, pero con firmeza. «Está loca por ese sinvergüenza —pensó Parr, con amargura—, completamente loca. Y es la única mujer maravillosa que he encontrado».

—¿Por qué no almuerza conmigo? —preguntó—. Quisiera hablarle de algo que le interesará.

Ella sólo dudó un momento. Luego asintió. Media hora más tarde estaban sentados en uno de los saloncitos del restaurante griego de Mavromatis, ante un plato de pulpo bien sazonado. Parr odiaba el pulpo, aun cuando lo hubiera comido con gusto a todas horas, de poder hacerlo en compañía de la joven. Pero antes de consumir el odioso plato se interpuso su sentido del deber entre él y aquel extraño y nuevo estado que le embargaba.

—*Miss* Marron —dijo, apartando el plato—: espero que usted no se molestará por lo que voy a decirle.

—No me molestaré, si no hay motivo para ello —respondió Ana, sensatamente—. ¿Qué es, míster Parr? Me moleste o no, ello no debe ser obstáculo para que lo haga si lo cree su deber.

Parr dudó un momento. Evidentemente, toda la razón estaba de parte de ella.

—Pues bien: es el caso que... No sé cómo decirlo... ¿Está usted prometida a míster Bender?

—Esa pregunta —respondió ella, mirándole con franqueza a los ojos—, ¿la formula el hombre o el funcionario del Gobierno? Hay una gran diferencia, sabe usted.

—Supongamos... —La idea desdecirle que el hombre cruzó por la mente de Parr, pero supo contenerse a tiempo—, digamos que el funcionario.

—Pues entonces contestaré que a un funcionario del Gobierno no puede en absoluto interesarle la respuesta.

Parr permaneció en silencio durante un momento, sin mirarla. Por fin dijo:

—Miss Marron: mi situación es sumamente violenta, como no podrá por menos de comprender usted. Por una parte, es el funcionario quién se siente impelido por su deber a hacer esa pregunta. Por otra, es el hombre quien tiene interés en saber la respuesta.

—¿Impelido? —preguntó ella, ligeramente burlona—. ¿Cómo se ha de entender así, míster Parr?

—Trataré de ser sincero..., lo más sincero posible —levantó los ojos y la miró—. Dejemos aparte que míster Bender no sea lo que podríamos llamar «un pilar de la sociedad».

—Mucho cuidado, míster Parr —dijo ella, suavemente—. Se desliza usted por la peligrosa senda que lleva a los tribunales de difamación.

—Tendré cuidado. Dejando aparte que no lo sea, queda su vida anterior. No podría, ni mi mayor enemigo, acusarme de difamación al decir que la vida de míster Bender ha sido cualquier cosa menos ejemplar.

—¿Me permite una pregunta? —dijo ella, palideciendo ligeramente—. ¿Está usted seguro de que... no hay nada personal en su animosidad contra míster Bender? Desde luego, míster Bender ha sido todo lo contrario, «de un hombre corriente». ¿No se dejará usted llevar por una cierta tendencia burguesa a considerar a esos hombres fuera de serie como «elementos indeseables a la sociedad» o, por lo menos, «nada ejemplares»?

Esta vez fué Parr el que sonrió ligeramente, y ella lo notó, intranquila.

—No, *miss* Marron; no creo que exista tendencia alguna, ni burguesa ni de cualquier otra clase, en mi advertencia. Le doy mi palabra de honor de que no me dejo influir por otra cosa que no sea mi sentido del deber. Y a riesgo de que me considere impertinente, le diré que...

—Un momento —le atajó ella, con autoridad, pero sin levantar la voz—. No quiero oír nada contra míster Bender, ¿comprende? Ignoro si sabrá usted, aun cuando le supongo enterado de ello, que mi amistad con ese hombre ha sido amplia y desfavorablemente comentada en (me atrevería a afirmarlo) toda la ciudad. Las razones que mi padre me ha dado para influir sobre mí, en el sentido de que abandonase dicha amistad, han sido de peso, míster Parr, de elevado peso atómico. Si es él quien ahora pone a usted en mi camino con el fin de reforzar sus consejos, razones y conclusiones, debo decirle que pierde el tiempo. Verá que me he expresado en el más puro inglés de Milton y de Shakespeare. Y ahora, si no le importa, míster Parr, preferiría retirarme —hizo una ligera pausa, y luego añadió—: Y crea que siento que haya sido usted precisamente el elegido para provocar este femenino ataque de ira. De veras.

Parr sintió que la sangre acudía a su cara de golpe. Esperó un momento, y dijo:

—Ha habido una gran equivocación en la que...

—¡Por favor, míster Parr! ¿Una equivocación?

—Sí —dijo él, conteniéndose con gran trabajo—. Pero veo que no está usted preparada para discutirlo. Por tanto, sólo quiero decirle una cosa.

—¡Adelante, míster Parr!

Parr no era un jovenzuelo; pero incluso hombres muy experimentados ceden alguna vez su guardia ante los ataques de una mujer. Por regla general, estos ataques suelen ser tanto más crueles y malintencionados como inteligente y sensible sea la mujer que los lanza. La burla que adivinaba en los ojos de ella —real o fingida, eso es lo mismo para un hombre— lo encabritó.

—Es ésta, *miss* Marron: ese Bender ha sido un aventurero de la peor especie, cuyo único mérito ha sido saber escapar a tiempo de la Policía de varios países y sin dejar pruebas (al menos muy abundantes) detrás. Es posible que eso lo aureole aún más ante usted, pero puedo asegurarle que no ocurrirá lo mismo el día que

comparezca ante un Tribunal de Justicia.

—¡Adelante, míster Parr! —respondió ella, con los dientes apretados.

—Lo último: que pese a todo ello, mi obligación es salvaguardar intereses y vidas humanas. Y, *miss* Marron, Bender está en peligro. En un gran peligro. ¿Ha oído usted hablar de la muerte de míster Timpany?

Ella lo miraba fijamente. Su respiración se había hecho ligeramente anhelante.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó en voz baja.

—Timpany era tan indeseable como... Bien; un indeseable, *miss* Marron. Ha sido hallado muerto en circunstancias... un tanto sospechosas, como se suele decir. ¿Conoce usted a Stephen Bell?

—¿Quién no conoce a Stephen Bell? —preguntó una voz a sus espaldas.

Kent Bender estaba allí, enfundado en un gabán oscuro, con una bufanda de seda en el cuello y un sombrero gris.

—¿Cuánto tiempo ha estado escuchando? —preguntó Parr, poniéndose en pie.

—El preciso para enterarme de la opinión que le merezco —respondió Bender, con absoluto aplomo—. No es demasiado original, habrá de confesarlo; al menos, la manera como la ha expresado. Pero parece sincera.

—¿De veras no cree que pueda usted estar en peligro? —respondió Parr, encendiendo un cigarrillo.

Las miradas de la joven iban tan pronto a uno como al otro.

—Todos lo estamos. En cualquier momento de nuestra vida, el peligro puede desplomarse sobre nosotros. Una cornisa, el floreo de hierro de un balcón español, un aerolito, el disparo de un mejicano borracho o...

—... o la mano de un policía puesta en el hombro de pronto —terminó Parr, burlonamente. Ante un hombre sentía que volvía a él la facultad de pensar con claridad—. De todas maneras, Bender, debería decirle a *miss* Marron que hay un hombre, un alto y tétrico hombre, que ha aparecido misteriosamente en la ciudad y que hace misteriosas visitas por la noche. Y que uno de sus amigos, Bender, se halla en este momento en el depósito de cadáveres, mientras un médico le hace la autopsia. Un accidente, sí; pero... ¿y si no lo

fuese?

—Ruego a usted que se calle —dijo Bender, fríamente.

—Vámonos, Kent —dijo la muchacha, tomándole del brazo—. No me encuentro bien aquí, eso es todo.

—Y explíqueme también del Brasil —terminó Parr.

Bender estaba muy cerca de él, y por un momento Ana Marron creyó que le pegaría; pero se contuvo.

—Míster Parr —dijo—: está usted cometiendo algunos errores —dijo, por fin.

—Míster Bender: usted ha cometido varios, y muy graves —le respondió.

Dio media vuelta y, después de dejar un billete sobre la mesa, salió del local. Ana Marron se volvió hacia Bender.

—Kent —dijo, tomando su bolso—: ¿tienes que decirme alguna cosa? Te ruego que no me mientas. ¿Tienes que decirme alguna cosa?

Bender la miró, y en sus ojos ella leyó irresolución. Aquello era muy extraño, tratándose de un hombre como Bender, que siempre obraba resueltamente.

—Kent —repitió—: si tienes algo que decirme, hazle ahora.

—Ven —respondió él, cogiéndola del brazo.

Aurea Marron se asomó a la ventana de la cocina y sacó la cabeza todo lo que pudo.

—No me dejan salir —susurró—. Mi padre me ha castigado por volver tan tarde el otro día y por andar descubriendo cadáveres y todo eso. ¿Adónde vais vosotros?

—A casa del «Sombrerero Loco» —dijo Ben Sobiewsky, ocultando virilmente lo decepcionado que se sentía por la desertión de la chica—. Nos vamos a enterar de muchos secretos, ésta es la idea. Seguramente que hoy sabremos algo. Hasta ahora, sólo sabemos que «el Sombrerero Loco», el novio de tu hermana Ana, el muerto y «el Sepulturero» se conocían ya y que no se llevan muy bien.

—¿Crees tú que «el Sepulturero» haya matado al muerto? —preguntó Aurea, con un delicioso escalofrío de terror. Ben se encogió de hombros.

—Puede que sí —dijo Mike—. Puede que sí. Y pensar que si hubiésemos pasado el otro día por el puente a lo mejor habíamos

visto quién quitó los faroles... Sí hubiera sido «el Sepulturero» ahora lo sabríamos y podríamos hacer que lo detuvieran.

—Vámonos ya —dijo Ben, autoritariamente—. Adiós, Aury, que te diviertas ahí, dentro de tu casa.

Aurea lanzó un suspiro de despecho.

—No hay derecho a que hagan esto con «una» —dijo, con gran energía—. No hay ningún «derecho» a que hagan esto con «una». Pero, Ben, ¿pasaréis después por aquí para decirme lo que hayáis descubierto?

Ben fingió que lo pensaba.

—Bueno —accedió, por fin—. Puede que pasemos, si no nos entretenemos mucho. Vamos, Mike.

Y los dos pilluelos desaparecieron tras la esquina. Aurea Marron, muy fastidiada, cerró la ventana y se dirigió hacia la sala. Junto al aparato de televisión, apagado en este momento, estaba su hermana, quitándose los guantes.

—Papá me ha preguntado dos veces por ti —dijo la pequeña, pensando al mismo tiempo que Ana era muy bonita, y que a ella le gustaría ser tan bonita y tan... «chic», cuando fuera mayor. Entonces, todos los hombres, hasta Ben Sobiewsky, que para entonces sería un afamado explorador, o un gran aviador, o un arriesgado trapecista, se enamorarían de ella, y ella les haría sufrir y...

La voz de Ana la bajó apresuradamente a la tierra.

—Tienes la nariz sucia, Aury. Ve a lavártela.

—El caso es qué ya me la he lavado dos veces y se ensucia siempre —respondió ella, rutinariamente.

Y se extrañó al ver que su hermana no insistía. Por el contrario, Ana se volvió de espaldas a ella y sus hombros se movieron rítmicamente.

—¿De qué te ríes? —preguntó Aurea—. ¿De mí?

Pero al dar la vuelta alrededor de Ana, vio que no estaba riéndose, sino llorando. Era la primera vez desde hacía varios años que ocurría esto y Aurea se quedó tan asombrada como asustada.

—Pero, Ana —dijo—. ¿Qué...?

Su hermana no le hizo ningún caso. Se dirigió a la escalera y, tras ascenderla a toda prisa, se metió en su cuarto y cerró la puerta tras de sí. Aurea se rascó la cabeza, pensativa. Pensativa y un poco

triste. Las personas lloriqueantes normalmente no suelen inspirar lástima. Las fuertes, cuando esa fortaleza cede y se derrumba, sí. Y eso lo sienten hasta los chicos.



~~~~~  
¿Conoce usted

### NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente, al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

## CAPÍTULO 8

Diciembre, 30, mediodía



E manera —dijo el jefe Sobiewsky, pensativo, chupando la pipa vacía—, que el amigo Timpany estaba reclamado por las autoridades francesas. Buen trabajo, Parr, buen trabajo. Eso quiere decir que los otros...

—No, los otros, no —respondió el hombre del F. B. I.

—. Pero es de suponer que tengan algo, porque lo poco que sabemos de la vida de ellos hace esperarlo así. He dicho que pregunten a las autoridades federales del Brasil, pero tardarán en contestar, con todos esos trastornos de que disfrutan ahora.

—¿Por qué a Brasil, precisamente? —preguntó Sobiewsky.

—Bender estuvo allí —respondió Parr, terminando su cigarrillo y poniéndose en pie—. Fíjese, Ben: Shargon tiene algo contra ellos, algo muy grave, ciertamente. Eso quiere decir que en alguna época estuvieron juntos, que ocurrió algo que le concedió autoridad sobre ellos o...

—Pero si quiere hacerles objeto de un chantaje, no tendría interés en matarlos —dijo Sobiewsky—. Y, según usted cree, eliminó a Timpany. Bueno... a... ése... Dariades.

Parr lo miró de reojo.

—Sí, podría tener interés en su muerte... si los hubiese exprimido ya. Un buen chantaje y una oportuna muerte del extorsionado. ¿No le parece apetitoso? Todo eso descartando la idea que más ha arraigado aquí —se tocó la frente con un dedo—. La de que sea simplemente un vengador de alguna pasada injuria. Cualquiera de esos sinvergüenzas ha sido muy capaz de jugarle una mala pasada. En fin, Sobiewsky, en cuanto lleguen noticias de Brasil creo que podremos empezar a actuar.

—Conformes. Tengo hombres vigilando a Shargon, el cual sigue en casa con fiebre, o al menos eso ha hecho saber. También tengo vigilados a Bender y a Bell. Por cierto, si ese asqueroso chipriota usaba un nombre falso, es de suponer que los otros también hayan cambiado el suyo, ¿no?

—Muy posible, pero por ahora no podemos saberlo ¡Ah!, si lo supiéramos, probablemente tendríamos todo el misterio resuelto y en nuestras manos, Sobiewsky.

—Entonces, esperemos. Supongo que cenará con nosotros. Mi mujer ya cuenta con ello, y ha preparado un ganso a la polaca. ¿Convenido?

—Convenido. Y que conste que es usted muy...

—Vamos, vamos, cállese.

Sonó el teléfono y Sobiewsky lo cogió. Escuchó durante un momento y luego colgó.

—Bender está en este momento en el hotel *Royalty*, Ha ido a ver a Shargon —dijo.

Parr se puso en pie de un salto.

—Pues vamos hacia allá: Bender parece un equilibrado, pero el miedo puede volver loco al hombre más tranquilo.

—Mis hombres tienen órdenes escuetas —respondió Sobiewsky

—, pero vamos hacia allá.

## Diciembre 31, p. m.

Bender subió despaciosamente las escaleras del *Royalty*, bajo la mirada del vigilante. Desde detrás de la cristalera de la jaula, la mujer de éste contemplaba también la escena.

Bender llegó ante la puerta 17 y llamó con los nudillos. Una voz le invitó a entrar. La habitación estaba casi en sombras, de tal manera que al principio no pudo ver casi nada. Luego distinguió el camastro, vacío al parecer. Por fin, la voz llegó de nuevo desde las sombras del otro lado del cuarto.

—Estás cubierto con mi pistola, Bender —le dijo.

—Lo sé, Ash —respondió el finlandés, con voz tranquila—. Yo también voy armado. A no ser que acabases conmigo al primer disparo, moriríamos los dos.

—No, tú solo, porque yo no fallaría el disparo. No he perdido nada..., o casi nada, de mi antigua destreza, Kurt.

Bender no lograba ver bien a Shargon. La voz de éste surgía del otro cuarto, al parecer.

—He venido a negociar contigo, Ash —dijo Bender—. Pero antes quiero hacerte una pregunta. ¿Mataste a Diomedes? ¿Fuiste tú quien cambió los faros de sitio?

Se oyó el siniestro ruido de carraca.

—No quiero negociar con vosotros, ni contigo ni con Belik —dijo, luego, Ash Merriman—. En cuanto a tu pregunta... Puedes contestarla tú mismo.

—Dijiste que nos dabas un mes de plazo para marcharnos de la ciudad —contestó Hender—. Pero si has matado a Diomedes... No has cumplido lo que prometiste.

La voz de Bender sonaba sin convicción alguna. La carraca volvió a sonar.

—Mi querido, Kurt, eres sumamente susceptible en lo que a promesas se refiere. Debes saber mucho acerca del asunto. Y ahora, vete.

—Te voy a decir una cosa, Ash —dijo Bender, con gravedad—. Estoy dispuesto a marcharme de la ciudad, pero si intentas atentar

contra mí, me defenderé atacando. Recuérdalo. Lo que..., lo que ocurrió allá abajo, en el Brasil, no me gustó nunca, puedes creerlo, pero las cartas estaban dadas y había que jugarlas. No me creerás si te digo que lo siento, naturalmente, pero sí te puedo asegurar que no se hizo por mi gusto.

—Vete, Bender, es demasiado tarde para hablar de todo eso. Ya sabes que os di un plazo de un mes. Y ahora, vete. Llevas una pistola en el bolsillo, si yo disparase y te hiriese gravemente o te matase, sería en legítima defensa, porque has entrado en mi casa armado y con aviesa intención. ¡Vete, no quiero hablar más del asunto!

Bender salió del cuarto del hotel. Su paso no era tan firme como antes. En la puerta, dos hombres le cortaron el paso. Más allá había un automóvil parado.

—Buenas noches, Bender —dijo Parr, del  
F. B. I.

—. ¿Fructuosa la visita? ¿Ha venido a rogar un aplazamiento?  
Bender sonrió.

—No, no a eso. He venido a desear un próspero y feliz año nuevo a un antiguo amigo. Acabo de despedirme de él, como seguramente sabrán ustedes.

Sobiewsky estaba tan cerca de Bender que rozó a éste con el codo. El tahúr se volvió hacia él.

—Sí, jefe. He traído una pistola, si es eso le que quería usted saber. Pero únicamente para protegerme contra un posible asaltante. Estas noches de nieve y lluvia... A propósito, Parr, esta noche ceno con *miss* Marron. Ignoro si usted lo sabía o no, pero como tiene la costumbre de dejarse caer en los sitios que frecuentamos...

—No se haga el chistoso, Bender. Tengo poca paciencia.

—No se haga el contradictizo, Parr, tengo poca tolerancia.

—Vamos, vamos, señores —dijo Sobiewsky, cogiendo a Parr del brazo—. Ésta es una noche de alegría, no de duelo. Subiremos a desear a *míster* Shargon un feliz año nuevo. Tengo entendido que está enfermo.

Bender los miró un momento y luego echó a andar calle abajo.

—Hijo, ¿qué le pasa? —preguntó Sobiewsky—. Recuerde que se supone que es un férreo agente del Gobierno, una perfecta máquina

de cumplir órdenes y de darlas. No debe dejar que los demás se den cuenta de que es usted un ser humano.

—No está usted en el púlpito, Ben —respondió el otro, con ligero desabrimiento—. Bueno..., usted..., perdone.

—¿Quiere que le diga una cosa? —preguntó Sobiewsky, mientras ascendían la escalera—. Si me promete que no se va a molestar le diré que lo que le ocurre a usted es muy sencillo y muy normal. *Miss Marron* es una muchacha..., es una maravilla de mujer, y usted es un hombre, hijo. Y el mundo, un enredo.

Parr no contestó. Un momento después entraban en la habitación de *míster Shargon*. Éste estaba tendido en la cama, con la luz encendida, y los miró con ligera sorpresa.

—Caramba —dijo—. Es un honor totalmente inesperado. Es la segunda visita que recibo hoy. ¿No quieren pasar?

—¿Qué quería *Bender* de usted? —preguntó Parr.

—Preguntarme si podía ayudarme en algo. Es un hombre muy generoso en cierto modo. Pero me vi obligado a decirle que no. Al fin y al cabo, si he de cumplir mi compromiso con *míster Marron* y con el alcalde *Corrigan*, no puedo aceptar favores de *míster Bender*.

—Es usted un embustero —dijo Sobiewsky, apaciblemente—. *Bender* nos ha dado otra versión distinta, muy distinta.

—¿Es un delito el no decir qué es lo que desean nuestras visitas?

—Sí lo es mentirle a la Policía.

—Que la Policía me lleve a una seccional cualquiera, o a la jefatura, y contestaré con mucho gusto a cuantas preguntas quieran hacerme. Mientras tanto habrán de conformarse con lo que yo les diga.

—¿Le molestaría apartar la ropa de la cama? —preguntó Parr, descuidadamente.

—En efecto, me molestaría y mucho. Ignoro la idea que tendrán ustedes de la malaria, pero debe ser bien nebulosa cuando me piden eso.

—O en su defecto, ¿le importaría dejarse reconocer por un médico, que pagaríamos nosotros?

—Ya me ha visitado uno, aun cuando era totalmente innecesario. Sé bien la medicación que necesito, y sé que pasará dentro de unas semanas, muy pocas semanas. Y ahora, señores, si me lo permiten... Desearía quedarme solo.

—Se entiende, pues —dijo Parr, pacientemente—, que usted no puede salir del lecho, que está usted encadenado a él.

—Puede usted entender, lo que quiera, míster Parr. «Lo que quiera», una vez ha visto la realidad de la situación.

—¿Le sigue atendiendo la mujer del vigilante?

—En efecto.

Parr se había parado en el muro, al lado de la puerta, y observaba un pequeño aparato.

—Y... supongo que ella le avisará por medio de este timbre cuando haya de recibir visitas, ¿no es así?

—También, en efecto. Y ahora, señores, les repito que prescindiría muy a gusto de su no solicitada presencia.

—Frío, frío como un pez —dijo Sobiewsky cuando bajaban la escalera.

Parr se dirigió al vigilante y le dijo que quería hablar con su esposa. Un momento después la mujer estaba ante él. Era una morena, con aspecto de meridional, de pobladas cejas y bien guarnecido bigote. Parr le preguntó si míster Shargon pasaba todo su tiempo en su habitación, y la mujer respondió que sí, que un caballero tan enfermo como él no podía salir a la calle. Y que la Policía no tenía por qué meter las narices en los asuntos de un caballero como míster Shargon, y que un caballero como míster Shargon, que nunca había causado la menor molestia, era una verdadera vergüenza que tuviese a la Policía husmeando en su cuarto.

—Si ese hombre sale de su habitación, me lo comunicará usted —dijo Sobiewsky, dirigiéndose al vigilante—. Podrían venirles disgustos si no lo hacen.

Y se marcharon corriendo para escapar a la chaparrada de dicterios de la mujer.

—Estoy nervioso —dijo Parr—. Esta noche no es para alegrar a nadie.

—Pues a mí se me alegra el corazón cuando pienso en el ganso que nos habrá preparado Sarah, bien relleno de manzanas dulces, y en la botella de vino del Rin y en la de «vodka» que me han enviado algunos amigos de Europa. Vamos, Harvey, déjese de tonterías y no piense más en el asunto. Shargon no puede moverse, está enfermo. Bender cenará con Ana Marron en un sitio lo más público posible...

—Lo sé, lo sé —respondió Parr, ligeramente agresivo.

—Por cierto, no le he dicho —dijo Sobiewsky, cambiando de tema—. Esta mañana me telefoneó el inefable míster Marron. Estuvo de lo más reticente al preguntarme qué pensaba de la muerte de Timpany. Saqué la conclusión de que, sin querer decirlo claramente, gozaba con la sola idea de que Shargon, efectivamente, lo hubiese matado como preliminares para el cumplimiento de su contrato verbal.

—Míster Marron es un imbécil —dijo Parr—. Y Corrigan otro, y... Bueno, vamos allá, no hagamos esperar a su esposa.

~~~~~  
EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

Publica:

F. B. I. — WINCHESTER — EXTRA-OESTE
NOVELISTAS DE HOY — VALIENTES
AVENTURAS del F. B. I. — JEQUE BLANCO
MENDOZA COLT — RECORTABLES
WALT DISNEY

CAPÍTULO 9

Diciembre 31, medianoche.



L viento zumbaba en los desfiladeros de la sierra olvidada, entre los profundos y espesos pinares, con aullidos de animal. Las celliscas se sucedían sin interrupción, enviando turbonadas de agua y nieve sobre la ciudad y sobre las estribaciones de los montes, envolviéndolo todo en un verdadero sudario húmedo.

Sentado al lado del fuego, Stoian Belik, conocido por Stephen Bell, miraba fijamente las llamas. A su lado, una botella de «vodka» medio vacía explicaba, aunque nada más que a medias, el temblor de sus manos. Hacía un momento que los dos hombres que vivían

con él, además de tres criados que dormían en un pabellón unido a la casa, se acababan de retirar a su habitación.

Stoian Belik estaba recordando. A retazos, las remembranzas acudían hasta su mente para retirarse después entre fumarolas de olvido. A veces era un paisaje, a veces una cara, una canción, una pelea en un bar. Pero fija, agazapada allá en el fondo, persistía una idea, una sola, la única que no se borraba ni alteraba jamás: la de que le perseguían espectros.

Sí, cientos de sombras se pedían sitio para roerle el cerebro. Todos aquellos hombres a los que dañó, a los que mató, a los que por una u otra causa agravió, acudían puntuales a la cita. Y lo más horrible de todo era que él, Stoian Belik, en algunos momentos, se daba cuenta de que solamente existían en su cerebro. Pero poco después un nuevo ser salido de las tinieblas se enfrentaba a él y la lucidez desaparecía. Hacía casi dos meses que Belik no se ocupaba de sus asuntos, aun cuando éstos, gobernados por expertos, técnicos, aún no se habían resentido. Y a él le daba lo mismo que se resintieran o no. Sólo pedía que lo dejaran a solas con aquella cohorte de espíritus que hora tras hora se disputaban su mente.

Se sirvió un nuevo vaso de «vodka». En los rugidos del temporal él oía voces que pronunciaban su nombre. Cada chisporroteo del fuego era el gruñido de un indio al que torturara para arrancarle el secreto del escondrijo de sus diamantes, cada crujido al paso de la invisible carcoma, los aullidos de hombres enterrados en la arena hasta el cuello, cerca de un criadero de cangrejos.

Un súbito resplandor del fuego iluminó su faz trágica y las sombras espectrales retrocedieron.

—Ash Merriman... —dijo en voz baja—. Tu venganza ha sido horrible. Me hundo y no quiero hundirme, ¡no quiero!...

Como cuando era pequeño, allá en las montañas de Montenegro, le hubiera gustado en este momento estar cerca de la recia campesina que fue su madre. La imagen de aquella bella mujer envejecida prematuramente por un trabajo excesivo, hizo retroceder de nuevo las legiones de espectros, y en ese momento sonó el teléfono, a su lado.

Se sobresaltó y se incorporó en el sillón. De nuevo rugían las rachas de viento, azotando los cristales y silbando trágicamente entre las copas de los pinos.

El aparato llamaba con aterradora insistencia. En circunstancias normales, aun una persona en buena posesión de sus nervios no puede soportar el timbre del teléfono durante mucho tiempo sin intentar detenerlo. Stoian Belik descolgó. Al instante, una voz bien conocida para él llegó a su oído.

—Stoian: ¿has visto al muerto resucitado?

La voz era enérgica, de tono un tanto agudo. Una voz autoritaria, imperativa, acostumbrada a ser obedecida. Una voz magnética.

—Stoian: sé que estás escuchándome. Escucha, escucha bien, porque ésta será la última vez que me vuelvas a oír en este mundo. Escucha. Me estás escuchando. Escucha.

—Te escucho —repitió el loco.

—Te he enviado un hombre al que conociste en otro tiempo. En este momento está llegando a ti. Se acerca cada vez más... Lo conocerás porque viene del otro mundo. Es un hombre al que tú asesinaste. Escucha, Stoian, escucha: está llegando. Llega.

Un chispazo de cordura atravesó aquel pobre cerebro.

—¿Qué quieres? ¿Qué pretendes? No te creo...

—Escucha —ordenó la voz, con salvaje energía. El chispazo murió, y la mente de Stoian se hundió definitivamente en la demencia absoluta—. Está llegando a ti. ¡Llega! ¡Él será tu verdugo, él se vengará horriblemente, él hará que olvides todo!

—No quiero olvidar.

—El hará que «olvides». Y entonces ya no serás, ya no habrás jamás existido. Está llegando a ti, Stoian. ¡Llega!

El loco se puso en pie, acometido de un terror animal. La voz barrenaba, machacaba en sus oídos.

—¿Qué puedo hacer? —dijo con voz agonizante.

—Escucha. Sólo te queda una manera de salvarte, escúchame bien. ¡Sólo una! ¡Tendrás que darte prisa, porque está llegando! Escucha. Dirígete a la puerta y sal al porche...

—Esto no me gusta —dijo uno de los hombres al otro—. El jefe no hablaría con nadie por teléfono a esta hora.

—No te preocupes. Seguramente sería míster Bender. El otro día llamó también. Vamos, tú das.

—No, no estoy tranquilo. Voy a echar un vistazo, aunque se enfade el jefe.

—Pocas veces podrá enfadarse ya, Joe. El viejo va de cabeza al manicomio. Pero no puedo olvidar lo que hizo por mi chico el mayor.

—Fue condenadamente decente por su parte.

Los dos salieron de la caldeada habitación y bajaron las escaleras que conducían al garaje. Al salir de éste al aire libre, una racha helada les hizo estremecer.

—¡Condenado tiempo, Joe! ¿Eh? ¿Qué es aquello?

La puerta principal de la casa de Stoian Belik se había abierto, y una mancha difusa de luz se extendía sobre el mojado pavimento del porche. Éste acababa en una especie de meseta artificial (en realidad, en dicha meseta estaba construida la casa), que terminaba sobre un barranco cortado a pico sobre el desnivel. Una balaustrada de fino granito gris convertía meseta y barranco en un espléndido mirador.

—Es el viejo. Ha salido de la casa. ¡Eh, jefe!

Stoian Belik no le oyó ni le contestó. Se encaminaba, trastrabillado hacia la balaustrada. Los dos hombres echaron a correr para alcanzarlo.

—¡Eh, jefe! —bramó Joe—. ¡Jefe, por Cristo! ¿Qué va a hacer?

Stoian Belik había llegado a la balaustrada. Se encaramó a ella se tiró al barranco.

Enero 1, a m.

Los dos hombres, Sobiewsky y Parr, se hallaban en el despacho que fue de Stoian Belik. Los dos guardaespaldas del muerto estaban ante ellos. Joe no hacía más que limpiarse el sudor con un afrentoso pañuelo de hierbas.

—Es como le digo, capitán. Lo vimos los dos como lo estamos viendo a usted ahora mismo.

—Bueno, poneos de acuerdo y decidme cuál de vosotros tiró al barranco a Bell —dijo Sobiewsky, con indiferencia, como si aquello no fuese con él.

Parr observaba con mucha atención a los dos matones.

—No dirá eso en serio —dijo el compañero de Joe—. No puede colgarnos eso a nosotros, capitán. Míster Bell salió de la casa, se

subió a la barandilla y... ¡Por mi madre le juro que es la santa verdad!

—Bueno, pues os procesaremos a los dos. A mí lo mismo me da. Los dos tenéis antecedentes policíacos. A mí me da absolutamente lo mismo que gaseen a uno que a otro. O a los dos, si es que cogisteis a Bell cada uno por una pierna para ayudarle a caer. Lo mismo da.

—Oiga, capitán. —Joe encorvó las manos como si cogiese alguna cosa entre ellas—. Lo que le hemos contado es la pura verdad, y ni aun en la cámara de gas podríamos decir otra cosa. Pero hay algo que se me había olvidado: el viejo, quiero decir, míster Bell, tuvo una llamada telefónica anoche. Hay un cuadro luminoso en nuestra habitación de encima del garaje, que indica cuándo llaman todos los teléfonos de la casa. No es una centralita, sino un indicador por si acaso no estaba míster Bell en casa que lo cogiésemos cualquiera de nosotros o el chófer. Pues bien: anoche recibió una llamada telefónica. Poco después..., ya saben.

—¿A qué hora? —preguntó Parr.

—Ya se lo he dicho: poco antes, quizá cinco minutos de que lo viéramos cómo saltaba la barandilla. Pero no es eso todo, capitán. Cuando volvimos a la casa yo cogí el teléfono para avisar a la Policía... El otro, el que llamara, no había colgado aún. Lo hizo justo cuando yo empecé a pedir a la central que me comunicase con la Policía. Oí el «clic» de que cortaba la comunicación, pero no habló ni dijo nada.

—Que investiguen esa llamada —dijo Parr concisamente. Luego cogió a Sobiewsky y lo llevó a un rincón—. John —dijo—: me parece que si logra dar con el hombre que llamó habrá dado con el asesino.

—¿Asesino? Según estos hombres se mató él mismo. Según yo, lo descalabraron ellos mismos. Voy a cocinarlos en la Jefatura hasta que me digan lo que hiciesen con ese deschavetado de Bell.

—No, John —insistió el hombre del

F. B. I.

—. Anoche, mientras todos cantábamos «La Antigua Canción», alguien (y no hace falta que me pregunte quién es) telefoneó a Bell, y algo que le dijo obligó a éste a... Sí, Puede estar seguro de que así ha sido.

—Bien, pero —declaró tozudamente Sobiewsky— me voy a llevar a éstos a la Jefatura y voy a tratar de obligarles a cantar en fa sostenido menor.

—La llamada —dijo la empleada de la central telefónica— fue hecha desde un locutorio público de la calle Veintinueve. Específicamente, desde el locutorio público del Hotel *Royalty*. Es fácil saberlo porque todas las llamadas telefónicas son registradas, aun cuando no controladas, pasadas las doce en punto de la noche.

Sobiewsky y Parr se miraron. Luego, en el automóvil, se dirigieron a toda velocidad a la calle Veintinueve. Llegados al *Royalty*, Sobiewsky ordenó a una camarera que llamara al vigilante y a su mujer y que le esperasen en el vestíbulo. Luego ascendieron hasta el cuarto de Shargon.

Míster Shargon estaba en la cama. En una mesilla, a su lado, había varios frascos de medicamentos. Tenía la cara pálida, y sobre las frazadas descansaba un libro abierto. Parr logró leer su título al revés: «En defensa de la ancianidad».

—¿Qué le dijo usted anoche a Bell por teléfono? —preguntó Sobiewsky, sin saludar siquiera.

—Nada, señores. Buenos días en esta primera mañana del año. Lamento que siempre hayan de encontrarme postrado en el lecho del dolor, pero mi mala suerte...

—Su buena suerte, Shargon —respondió Parr—. ¿Qué le dijo a Bell?

—Quise desearle un próspero y feliz año nuevo, míster Parr. ¿Por qué? ¿Acaso eso está prohibido?

—Shargon: dentro de media hora estará aquí una ambulancia para llevarlo a usted a un hospital. Es inútil que se resista. Un certificado de un médico de la Sanidad Municipal decidirá que usted puede representar un peligro para la salud pública. Pero usted viene con nosotros al hospital.

—Se equivoca, caballero. Me encuentro tan mejorado que no necesito en absoluto continuar en el lecho. Hoy mismo le he dicho a la excelente señora que me atiende que ya puedo levantarme. La quinina es una de las mayores venturas de que gozamos los mortales. Por tanto, no necesito de sus desvelos, jefe. Puedo ya arreglármelas por mí mismo.

—De todas formas... —empezó Sobiewsky.

Pero Parr le puso una mano en el brazo.

—Vámonos —dijo Parr.

—Tengan ustedes una feliz entrada en el año nuevo —les deseó Shargon, volviendo a coger el libro.

El vigilante y su mujer no estaban cuando ellos bajaron de nuevo. En su lugar había un hombre de unos cincuenta años, vestido con cierta afectación y que se retorció las manos. Un par de mujeres de la limpieza miraban temerosamente a su alrededor.

—¿Dónde está el matrimonio? —preguntó Sobiewsky.

El hombre aceleró el movimiento rotatorio de las manos.

—Se han ido. Se han ido... anoche.

—¿Adonde?

—No lo sé... De veras que no lo sé, capitán. Se despidieron por mí por teléfono, sin darme explicaciones.

—¡Que los busquen! —ordenó Parr, palideciendo—. ¿Quién se quedó anoche de vigilancia?

—Un hombre..., un viejo pariente mío, señor. Está aquí.

Un viejo con iluminada nariz de borracho habitual apareció apoyándose en una escoba. Estaba bastante ebrio.

—Aquí nadie vino anoche —dijo con pesadez—. Nadie, señor. Yo lo sabría, porque no di ni una cabezadita, ni una sola, le doy a usted mi palabra de honor, jefe.

—¿Está seguro de que nadie vino? —preguntó Sobiewsky, cogiéndolo de las solapas sin ningún miramiento. El hombre asintió con seriedad de beodo—. Viejo maldito, te habrás pasado la noche durmiendo la mona y ni un

T-34

te hubiera despertado. Estamos listos, Harvey.

—Busque al vigilante y a su mujer. Aunque me apuesto cualquier cosa que han salido de la ciudad con los bolsillos repletos de un dinero bien ganado. No, no suba de nuevo. Shargon no tendrá ahí más que una docena de dólares. No, es otro el hombre que le sirve de instrumento, el hombre del que no tenemos noticia alguna, quien les habrá pagado.

—Pero... ¿quién, por Cristo crucificado, quién?

Enero 1, p. m.

—Si me tienen que meter en un manicomio —declaró Sobiewsky — le haré a usted responsable, Harvey. Ese hombre me está tomando el pelo, y ningún nacido de madre lo hizo impunemente hasta ahora. ¿Por qué no me ha dejado...?

—Porque si él dice que está bien, es que está bien, ¿no lo comprende, hombre? De nada le serviría a usted que un médico certificase que estaba enfermo si no lo está. Otro médico cualquiera podría invalidarle ese certificado y se encontraría usted cogido como en un cepo.

—Pero —dijo Sobiewsky, congestionado a pesar del frío— ¿está enfermo o no?

—No lo sé —dijo Parr—. Pero me parece que se hace subir la fiebre por algún método que no conozco y cuando le conviene.

—Pues un doctor podría...

—No —respondió Parr—. Déjeme conducir este asunto, Sobiewsky. Ahora, al menos, sabemos que él no quiere aparentar más su enfermedad. Nos será más fácil cogerlo en...

—En nada. Ese bribón se merece... No sé. Me gustaría que mis muchachos se las entendiesen con él durante un rato, créalo.

Enero 1, noche.

Impecablemente vestido de etiqueta, con una lívida gardenia en el ojal, Kent Bender observaba distraído las evoluciones de Leila Agar, «la Danzarina Sagrada de Alejandría». Se hallaba apostado casi detrás de una de las columnas rematadas en capitel de loto abierto que bordeaban los lados del salón. Había una arruga de preocupación en su frente, pero parecía tranquilo. Vio entrar a Parr y a Sobiewsky, pero no se movió, sino que dejó que fuesen ellos quienes se acercasen a él.

El salón estaba tenuemente iluminado por luces que brotaban de lamparillas tebanas, y solamente un foco de color amarillo pálido iluminaba la serpentina figura de la bailarina. Las camareras, vestidas con la calasiris, la estrecha falda de tirantes (estrechada aún más con maliciosos propósitos), llevaban rizada peluca azul y

los párpados sumergidos en kohl y alargados hacia las sienes, lo que les daba un aspecto misterioso y fanático, al que contribuía más todavía su pausado y felino andar.

—Los estaba esperando —dijo Bender en voz baja, para no interrumpir a la orquesta de arpas, laúdes, flautas y sistros.

—En todo este asunto parece que siempre estamos siendo esperados —dijo Sobiewsky, mirando con aprobación a la triscadora danzarina—. ¿Podemos hablar en algún otro sitio, Bender, supongo?

—En mi despacho. Vengan conmigo.

Cuando estuvieron sentados en el despacho de Bender, Parr dijo:

—Supongo que se habrá usted enterado de lo que le ha pasado a Bell, ¿no es así? —Como le bastaba observar el gesto de Bender, prosiguió—: Escuche: ignoramos si Shargon es un demente, un loco, un asesino o simplemente un individuo que hace «bluff»; pero no podemos descartar las dos muertes que se han producido en tan poco tiempo. Queramos o no, hemos de enfrentar el hecho de que, si bien Shargon no ha puesto las manos en ninguno de esos dos hombres, ambos han muerto. Y, según todas las probabilidades, Bender, usted tiene que ser el tercero. Dese cuenta de una vez de que está en peligro y díganos todo lo que sepa. Tal vez así podremos ayudarle.

Bender encendió un cigarrillo. Estaba pensativo.

—Si Shargon intenta algo contra mi saldrá perdiendo —dijo—. Yo no soy un desgraciado demente como Bell ni un degenerado como Timpany. Tengo mis nervios a punto y no será fácil cogerme desprevenido.

—Y... —preguntó Parr suavemente— ¿sabe usted acaso de qué manera le va a venir la muerte? ¿Bajo qué forma? Porque no creo que Shargon vaya a ser tan imbécil como para presentarse en este despacho e intentar acabar con usted de un tiro en el hígado.

Unas ligeras gotas de sudor habían aparecido sobre la frente de Bender. Pero su voz estaba tranquila aun cuando dijo:

—De todas maneras, no deben preocuparse. Además, ese individuo no tiene ningún motivo para intentar eliminarme. Ninguno.

Parr se puso en pie. Miraba a Bender con algo parecido a la compasión.

—No es el momento de mostrarse heroico, créame. Ese hombre sabe lo que quiere, y, ¡maldito sea!, también sabe la manera de conseguirlo. Mire, Bender, me parece que lo voy a meter en la cárcel. No quiero darle una oportunidad a ese hombre de eliminarle a usted.

—Ni lo intente —respondió Bender, poniéndose en pie también—. Conozco mis derechos.

Parr y Sobiewsky salieron del «*cabaret*». El jefe de Policía dijo:

—¿Ha pensado usted verdaderamente en meter en la cárcel a Bender? —Parr asintió—. Pues vaya despidiéndose de esa idea. Se la insinué esta mañana por teléfono al alcalde Corrigan y éste se puso hecho una fiera. «¡Nada de eso! —me ha aullado al oído—. Míster Marron no lo aceptaría jamás. ¡Nunca! Es un forajido y no tiene derecho a...», etcétera, etcétera. Naturalmente, míster Marron se frotaría las manecitas de gusto si Bender quedase dignamos «diplomáticamente eliminado». No necesitaría preocuparse más por Ana y sus proclividades sentimentales.

—Dígame una cosa, John —dijo Parr, encendiendo un cigarrillo con un gesto de asco— ¿quién eligió alcalde a Corrigan?

—Míster Marron, naturalmente. Bien, y ahora, ¿qué? ¿No tiene usted ninguna idea?

—Sí —respondió Parr—. Usar a Bender como cebo. Tarde o temprano; él o Shargon tienen que dejar de hacer fintas y entrar en combate claro y neto, acometerse como un par de búfalos en primavera. Entonces estaremos nosotros en medio.

—Amén.

CAPÍTULO 10

Enero 2, p. m.



—Los dos estaban muy juntos, pero ella apartó las manos que él había pasado sobre sus brazos.

—No, Kent —susurró—. No me toques, no podría resistirlo.

—Te estás comportando como una criatura, Ana. Ya no tienes quince años.

—Pero, Kent, a veces no sé si eres un loco o...

—No, no soy nada de eso. Mi única locura ha sido enamorarme

de una mujer a la que llevo casi veinte años. Es una dulce locura, pero... ahora el Destino me pasa la cuenta.

—Dime, Kent: ¿qué le hicisteis a ese hombre? ¿Por qué os persigue? ¿Quién es? Porque... no me atrevo a preguntar quién eres tú.

Bender encendió un cigarrillo. En la oscuridad, su cara iluminada por el rojizo fulgor parecía una siniestra carátula, y Ana se dijo otra vez con horror que no sabía nada del hombre del cual estaba enamorada.

—Escucha, Ana —dijo el de pronto—: ten confianza en mí. Té aseguro que dentro de unos días se habrá solucionado todo. Todo. Pero debes tener confianza en mí.

—Las cosas han llegado a un extremo en el cual es mucho más fácil pedir confianza que poder tenerla. No, Kent. El agente federal Parr ha sido categórico cuando me visitó esta mañana: estás en peligro porque tú y tus amigos le hicisteis algo a ese hombre. ¿Qué fue ello, Kent? Si me lo dices podré llegar a tener confianza en ti de nuevo; pero así... Querido, así no. Soy una mujer de carne y hueso, y tú te empeñas en ser un fantasma, un fantasma del pasado. Te puedo tocar, pero aun así estás lejos, muy lejos. Y no puedo soportarlo.

La voz de Bender se había endurecido cuando habló.

—Ana: es ahora cuando más te necesito. Si me fallas... Bien, es posible que no nos volvamos a ver. Te he pedido que vengas conmigo, que nos casemos en cualquier parte, y te he garantizado la felicidad. ¿Qué más puedes querer?

—A ti —respondió ella, levantándose del diván y acercándose a la venta—. A ti, que te me niegas. Puedes creer que perdonaría tu pasado..., cualquier pasado, pero no puedo soportar esta situación. Te sé en peligro, Kent, y eso me hace sentirme muy desdichada, porque no puedo ayudarse. No, no me toques si no has de estar dispuesto a ser sincero conmigo.

—Está bien —dijo Bender—. Te he creído la mujer más inteligente de cuantas me había tropezado en mi vida, pero la eterna curiosidad femenina ha podido más que tu comprensión, tu sabiduría y tu objetivo conocimiento de la vida y de las personas. Debí pensar que ni una sola mujer se resistía a la llamada de la curiosidad. Elsa hubiera podido vivir feliz con Lohengrin, pero no

hubiera sido mujer si no hubiera terminado por preguntarle quién era y da dónde venía.

—Por favor, Kent, estás diciendo tonterías —dijo Ana, estremeciéndose.

El sonido de la voz de Bender era ominoso.

—Estoy diciendo tonterías, de acuerdo. Pero, Ana, debes enterarse de una cosa: no te gustaría conocer mi pasado. Puedes estar absolutamente segura de que «no» te gustaría conocerlo.

Ana comprendió que si él seguía hablando ella recibiría mucho daño. Inconscientemente pensó que había intentado abrir, como Pandora, su caja. Si él seguía hablando quizá todos sus bienes escapasen, y ni aun la esperanza puede que le quedara.

—Por favor, Kent... —Pero él no la dejó continuar.

—Has tenido tu oportunidad, Ana, y la has desaprovechado. Bien; sea como tú desees.

Ana dio media vuelta y se enfrentó a él.

—Ken —dijo—: contéstame a una sola cosa: ¿estás en peligro?

No fué el civilizado Kent Bender, sino Kurt Wanderer, el aventurero finlandés, quien contestó con una risa ronca.

—Escucha, muchacha. En peligro he estado casi toda mi vida. En peligro de una cosa u otra, y siempre he sabido salir de él. A menos que mi estrella me haya abandonado, saldré de éste también. Y ahora, Ana, adiós.

La muchacha cogió su bolso y se precipitó hacia la puerta, cegada por las lágrimas que no quería verter delante de él. Una vez en la calle, el viento frío las fundió, y dos de ellas rodaron por sus mejillas mientras subía a su coche. No pudo ver el rictus de dolor del hombre que con la cara pegada a los cristales había seguido su marcha. No vio tampoco las tres cabezas infantiles que surgieron del pasadizo del Hombre Despedazado.

—Te digo que iba llorando —decía concentradamente Aurea Marron.

—Claro, las chicas lloran siempre —respondió Ben, frunciendo desdenosamente el labio superior—. Mike: ¿dónde está «el Sepulturero»?

—Aún no ha salido. Está al fondo, en el sitio en que se pone siempre míster Belles, el escritor.

—Pero ¿está con él?

—No. Está solo. Oye, Ben... Me parece que «el Sepulturero» me ha visto. Estoy seguro de que me ha mirado.

—Bueno, ¿y qué?

Antes hubieran despellejado a Mike Corrigan que obligarle a reconocer su miedo, pero Ben Sobiewsky poseía el don, solamente concedido a los intrépidos, de adivinar el temor de los demás.

—Si tienes miedo vete a tu casa —le dijo con gran claridad—. Aurea y yo seguiremos al «Sepulturero», ¿hey, Aury?

La chiquilla dudó solamente un momento. Con Ben no se podían gastar bromas. Por su gusto hubiera seguido a su hermana para ver qué diantres le ocurría, aun cuando algo se maliciaba. Pero si se les ocurría dejar solo a Ben... la venganza de éste sería terrible y completa.

—Claro que sí —contestó.

Pero Mike se puso furioso.

—No tengo miedo, bien lo sabes, Ben. Iré a dónde vayas tú y haré... lo que hagas tú. ¿Quién te has creído que eres?

—Lo que pasa es —dijo Ben, con soberbia— que no quiero que olvidéis que todo esto lo hacemos por la hermana de Aury y que hemos jurado por los Siete Planetas que la ayudaremos y que haremos todo lo posible para que míster Bender se vaya de la ciudad. ¿Es así, o no? —susurró siniestramente.

Los otros dos chicos asintieron, aterrados. La personalidad de Ben Sobiewsky avasallaba las suyas como la del león avasalla al chacal.

—Por tanto —prosiguió Ben—, es preciso que «el Sepulturero» se salga con la suya de hacer que míster Bender... —Hizo un gesto significativo—. Jurado, ¿no?

—Jurado —respondieron obedientemente los dos galopines.

—¿Cuál de los hombres de mi padre es el que vigila al «Sepulturero»? —preguntó Ben, comenzando a esbozar su plan de campaña.

—«Pies Planos» Billy —respondió Aurea, asomándose ligeramente a la esquina para mirar al coche de la Policía, casi invisible en la penumbra del crepúsculo—. Al otro no lo veo bien, pero debe ser el «Horrible Navajo».

—Seguro que sí. Bien. Ahora escuchad y procurad no equivocaros si no queréis que todo salga mal. Es necesario que

sigáis mis instrucciones punto por punto. ¿Habéis comprendido?

Los otros dos movieron la cabeza afirmativamente, aunque sin excesivo entusiasmo. Ben lo notó al instante.

—Que conste que esto lo hago por ti, Aury, que por mí... lo mismo me da que míster Bender le haga el amor a tu hermana que no. Que conste que lo hago por ti, ¿eh? Que conste. Por menos de... me largo y os dejo que os las arregléis como podáis. Que conste.

—Si ya lo sé, Ben —se apresuró a decir la muchachita—. Haremos lo que digas.

—Entonces, escuchad... —Y fue bajando la voz mientras les explicaba su plan.

Enero 3, p. m.

—¡Van ustedes a volver a dirigir la circulación en la peor esquina de la ciudad! —bramó Sobiewsky, con furia reconcentrada. Los dos hombres a los que los chicos daban los nombres de «Pies Planos» Billy y de «Horrible Navajo», pálidos, con auténtico terror reflejado en sus pupilas, permanecían firmes ante su jefe—. Si algo ocurre les haré personalmente responsables, ¿comprenden, estúpidos? ¡Personalmente responsables!

—Sí, jefe —dijo «Pies Planos» Billy—. Pero es que la chiquilla parecía tan..., tan asustada. Evidentemente, alguien había querido asaltarla. Y, jefe, no había nadie por allí más que nosotros. Y el hombre...

—¡Cállese, animal! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí los dos! No quiero volver a verlos hasta que no se hayan sacado la maldita espina... ¡Fuera he dicho, o mato a tres o cuatro de ustedes!

Cuando los dos policías hubieron salido del despacho, Sobiewsky se volvió hacia Parr.

—Bueno, ¿qué le parece?

—Que no me gusta nada —respondió el agente federal—. Y que...

El teléfono sonó. Sobiewsky se precipitó hacia el aparato y escuchó un momento.

—Está bien, está bien —dijo. Y colgó—. Era del aeropuerto. Ningún pasajero con esas señas ha reservado avión. Y, por otra

parte, ¿para qué lo iba a hacer, dígame? Espero que todo esto sea solamente una broma, una broma pesada, pero broma al fin.

—Shargon no es de los que gastan bromas —respondió Parr—. ¿Se fijó usted en sus ojos?

—Me persiguen por la noche. Ya lo sé. Son los ojos de un asesino o yo no conozco nada del mundo. Pero ¿qué podemos hacer?

—Nada. Supongo que seguirá vigilando a Bender.

—Tengo dos hombres muy bue... ¡Bien, va a resultar ahora que ni de mis propios hombres me puedo fiar! ¡Billy es un excelente rastreador, y García es un buitre que no pierde una pista! Pero... ¡qué iban a hacer si una jovencita les asegura que un hombre intentó asaltarla para raptarla o cualquier cosa así en un callejón, en el cual asegura que está el malhechor! Y sí, parecía que allí se había desarrollado una cierta lucha; pero, por otra parte, en esta ciudad no hay... raptos de niños. He hecho circular por entre los hampones comunes la descripción que le dio la chiquilla a Billy; pero, por otra, y ¡maldito sea el gato de mi abuelo!, ya ha visto que no podemos encontrar a la niña.

Parr sonrió torcidamente.

—No se preocupe de eso, John. Piense antes que en nada en vigilar a Bender. Me aterra pensar que «no sabemos» dónde está Shargon.

Enero 3, noche.

Bender entró en su despacho, en el club El Nilo, y se dejó caer cansadamente en el sillón que había ante su mesa. En pocas horas, aquel hombre lleno de vitalidad había envejecido varios años. Arruguillas de preocupación se marcaban perceptiblemente en las comisuras de sus ojos. Cogió un papel y comenzó a escribir sobre él.

Sonó el timbre del teléfono.

Bender cogió el aparato con mano ligeramente temblorosa.

—Kurt —dijo la voz de Merriman—: ¿estás dispuesto a comprar mi silencio y... mi alejamiento?

En la frente de Bender aparecieron ligeras gotas de sudor.

—Dime exactamente lo que quieres decir, Ash —dijo.

—Esto: desaparecidos Diomedes y Stoian, considero que mi deuda está saldada en su mayor parte. Ellos fueron los principales, culpables de lo que me ocurrió, ¿no es así, Kurt?

—Sí —dijo Bender, en voz baja.

—Pues bien: si depositas a mi nombre cien mil dólares (no me digas que no los tienes, porque me es igual de dónde los saques), me marcharé de aquí. Podrás, vivir tranquilo y *miss* Marron no sabrá que estás casado con una demente incurable. Nada tendrás que temer por mi parte.

—¿Crees que voy a confiar en ti, Ash? —preguntó Kurt, con una risa seca.

—No tienes otra alternativa. Elige.

Bender abrió con la mano izquierda el cajón de su mesa y extrajo de él una pistola automática de gran calibre.

—Puede que tengas razón. Ash. ¿Cuándo quieres el dinero?

—Mañana por la noche, en el sitio que yo te indicaré. Y, recuerda, si la Policía te acompaña, *miss* Marron se enterará «de todo». Tienes que ir tú solo, con el dinero en billetes, al lugar que yo te indicaré. Terminado este trámite no volverás a oír hablar de mí. Al fin y al cabo, Kurt, tú y yo éramos los más unidos en todas las ocasiones. ¿Recuerdas?

—Sí, Ash.

—Bien. Hasta mañana.

Kent Bender se puso en pie, con la pistola en la mano. Luego se guardó ésta en el bolsillo trasero del pantalón y salió al pasillo. Un momento después estaba ante la centralita del club.

—Quiero que averigües de dónde procedía esa llamada que acabas de pasar a mi despacho —dijo a la muchacha.

Ésta asintió. Desde que montó El Nilo, Bender había hecho un arreglo con la compañía telefónica para que tuviesen su línea intervenida con el objeto de localizar cualquier llamada que procediese del exterior.

—De una cabina pública situada en Raymond Avenue, en el mil setenta, o una cosa así —dijo por fin la telefonista.

La Raymond Avenue era la más larga de las arterias de la ciudad, pero solamente estaba edificada por completo en el centro de ésta. Los extremos de la larga calle estaban casi despoblados. Bender sonrió con desgana.

—Gracias —dijo.

Volvió a su despacho y terminó de escribir la carta, lo cual le llevó media hora más. La metió en un sobre, cerró éste y mandó llamar a su jefe de ruleta.

—En el caso de que algo me ocurriese, algo... que se saliese de lo corriente —dijo—, quiero que estregues este sobre a *miss* Marron. Guárdalo en tu caja de caudales. Creo que puedo confiar en ti.

El hombre asintió y se llevó el sobre, tras dirigir una mirada curiosa, a su jefe. Bender se puso una trinchera, se aseguró de que la pistola estaba montada y salió a la calle. Un momento después, en su auto, rodaba hacia el número 1070 de Raymond Avenue.

Bajo la lluvia fría, aquella zona presentadla un aspecto áspero y hosco. Solares en los que afloraban de cuando en cuando las ruinas de algún depósito y grandes montones de chatarra procedentes de desechos de guerra e inservible hasta para la fundición en las factorías. Cerca de dos kilómetros más lejos del cruce con la carretera federal, varios propietarios habían unido su dinero para construir lo que en un tiempo quisieron fuese un pueblo modelo, pero que a la larga se había convertido en una barriada para los blancos más pobres de la ciudad y para la mayor parte de los negros y mejicanos que habitaban en esta última.

En efecto, el número 1070 era un local mixto de taberna y almacén de comestibles, con la cabina telefónica separada del salón por una mampara de cristal. Bender se apeó del coche y se dirigió hacia el mostrador. El local estaba lleno de negros y de cetrinos mestizos. Un aparato tocadiscos machacaba casi sin interrupción. En forma. Olía a sudor y a «*whisky*» de centeno. Una docena de pares de pupila se fijaron en la bien cortada ropa de Bender y algunos de sus propietarios pusieron mala cara. El dueño del local, un negro que pesaría muy cerca de las trescientas libras, se acercó a él para recoger su encargo.

Bender pidió «*whisky*», pero no lo tocó. En lugar de ello saco diez dólares los puso sobre el mostrador, mirando fríamente a su alrededor.

—Para el que me pueda dar un informe que necesito —dijo.

El negro recogió con gran rapidez el dinero y aseguró que allí era él el más enterado de todo cuanto ocurría.

—Necesito saber quién ha utilizado ese teléfono hace tres cuartos de hora —replicó Bender—. Es decir, sé quién lo hizo, pero quiero saber si es conocido aquí.

—No recuerdo —dijo el negro instantáneamente.

—Debe recordar. Bender agregó otros diez dólares, pero el negro movió la cabeza.

—No recuerdo —dijo o tercamente.

Y mentía con toda su boca. Bender echó una ojeada a su alrededor, examinando todos aquellos morenos rostros uno a uno, pero halló a todos igualmente inexpresivos. Dándose cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, salió de nuevo a la calle, alumbrada por dos amarillentas farolas.

En el momento en que iba a subir de nuevo al coche, una mano se posó sobre su hombro.

—Siempre dije que eras el menos tonto de «todos ellos» —dijo Shargon—. Sí, siempre lo dije; pero con eso no quería decir que ellos fuesen listos. Has hecho exactamente lo que yo quería que hicieras. Más vale que te estés quieto, Kurt. En este momento mi excelente amigo Cuchiá, el hijo de nuestro antiguo conocido el cacique de Achuripanac, te está cubriendo con una pistola. Has caído en el garlito, Kurt, pero deberás recordar que ya estabas advertido.

Un hombre de mediana estatura, muy robusto, uno de los que Bender viera en la taberna, había aparecido al lado de ambos. Llevaba una pistola y con ella apuntaba a Bender.

—Nunca pensaste perdonarnos aunque nos marchásemos de la ciudad, ¿no es así? —preguntó Bender con voz tranquila.

Estaba calculando las probabilidades que tendría de salir vivo si se precipitaba sobre Ash Merriman e intentaba cubrirse con él del disparo del indio. Pocas, se dijo con desesperación, muy pocas.

—¿Cómo has llegado a esa inteligente conclusión, querido Kurt? Vamos, sube al coche. Nosotros vamos contigo.

El indio Cuchiá subió el primero, después Bender y por último Shargon. Este último agitó una mano en el aire.

—Creo —dijo— que nuestra labor está acabando, ¿no es así, Cuchiá?

—Sí —respondió el indio, con voz suave—. Ya está acabada casi nuestra labor.

Y Bender comprendió que sólo un milagro podía salvarlo.

CAPÍTULO 11

Enero a m.



N pastor de orejas mejicano, cojo de una pierna, descubrió el cadáver dos después, al terminar la espantosa tormenta de nieve. Estaba en el cruce de dos caminos montañoses, apenas transitados. El cadáver había sido atado a dos maderos en forma de cruz y habían hundido firmemente ésta en el suelo. A sus pies había un objeto que hubiese pasado inadvertido al pastor si éste no hubiera sido tan conocedor de las cosas del campo. Lo recosió y se apresuró a arrear su hato de lanosos animales hacia la primera granja donde podía encontrar un

teléfono.

Parr y Sobiewsky llegaron en un «jeep» (la subida en auto resultaba bastante difícil después de la nevada) provisto de cadenas una hora después de que el pastor telefonara. El mejicano los esperaba envuelto en una zalea de piel de lobo y apoyado su grueso bastón. A pesar de su cojera se movía con sorprendente agilidad por entre las piedras y riscos de la Sierra Olvidada. Era un muchacho joven, de franca sonrisa.

Los guió derechamente hasta el cruce del camino, donde estaba el macabro patíbulo. Bajo el cielo plomizo, la escena era aterradora. Hender había sido muerto de un tiro en el corazón, como comprobaron cuando lo descolgaron. No parecía haber sufrido.

—Encontré esto también —dijo el mejicano, buscando en los bolsillos de su zalea.

Les alargó un objeto que Sobiewsky se apresuró a coger.

—¿Qué es esto? —preguntó, sorprendido. Era una raíz leñosa y dura, bifurcada en uno de sus extremos—. ¿Qué tiene de particular una raíz, o lo que sea, aquí, en medio del campo?

—No las hay aquí. Ésa es de la «hierba de las cavernas». Es..., ¿cómo se dice? No la hay aquí. Es vieja, muy vieja, y alguien la trajo. Aquí no se crían.

—¡Bendita sea tú alma, hijo mío! —Gruñó Sobiewsky—. Mira con lo que nos viene ahora.

Parr lo cogió del brazo.

—Espere; ese hombre pudiera tener razón. Llévesela y haremos que nos den un informe en el laboratorio —luego miró a su alrededor—. Bien, he aquí el final de la historia. Rápido, ¿eh? ¿Cuántos días habrán transcurrido desde que conocimos a Shargon, John? ¿Quince, veinte?

—Fue a vernos el dieciséis de diciembre —dijo el jefe de la Policía limpiándose la cara. Empezaban a caer los primeros copos de lo que se anunciaba una tupida nevada—. Me acuerdo como si fuera ayer. Van, pues, veintiún días. Vamos. Esta vez Shargon ha dado un traspie.

—¿Cuál?

—¿Cómo que cuál? Esta vez es un asesinato en toda regla, mi joven amigo. Y no se va a marchar con las manos limpias, como las otras ves.

—Me apuesto lo que quiera a que estos dos días míster Shargon ha estado metido en su cama del *Royalty* tiritando de fiebre.

John Sobiewsky lo miró con ira.

—¡Bueno! ¿Y qué quiere que haga, entonces, que me quede sentado viendo cómo se ríe de nosotros?

—No. Busque al hombre que ha matado a Bender. Quiero decir la mano que ha manejado la pistola. Quiero decir el cómplice. Ni Shargon movió los faroles del puente cuando Timpany se estrelló, ni crucificó a Bender. Alguien, pues, tuvo que hacerlo por él.

Sobiewsky se quedó un momento parado.

—Bien —dijo—. De todas maneras, iremos a ver a Shargon.

Enero 5, p. m.

Shargon había pasado en su habitación del *Royalty* los dos últimos días, sin salir, aun cuando no estaba enfermo. Dos personas, el gerente y una camarera, lo atestiguaban, y además, varios huéspedes lo vieron a través de su puerta abierta. No cabía ninguna duda de que había estado allí. Sobiewsky lo llevó a la Jefatura, pero no logró sacar nada en limpio, como Parr le había anticipado ya. Cuando Shargon salió del edificio oficial, Sobiewsky le dijo a Parr que tenía la sensación de haber envejecido por lo menos diez años.

Nadie en absoluto había, visto a Bender después de que éste salió de su despacho, la noche del día 3. Su coche había aparecido aparcado en lugar permitido, en uno de los más tranquilos barrios de la ciudad, y por aquellos alrededores nadie recordaba haberlo visto, así como nadie vio quién había aparcado el coche. La fotografía que apareció en el periódico a nadie recordó nada, salvo a un negrazo enorme, y para eso éste no podría asegurar nada, ya que el hombre que le dio veinte dólares hacía dos días llevaba el sombrero calado hasta los ojos y un pañuelo de seda le ocultaba la barba. Por tanto, el negro que no tenía deseo alguno de tomar un nuevo contacto con la Policía, se calló. Y la pista de Bender se perdió, se esfumó.

Y ¿quién podría decir qué hombre, de los doscientos mil que había en la ciudad, era su cómplice, eso sin contar con que podía haber salido de ella?

El informe del laboratorio afirmaba que Bender había sido muerto de un tiro en el corazón, disparado por una pistola de calibre 38. El arma no había aparecido. Por último, la sección técnica les ilustraba sobre el objeto hallado en la nieve, casi a los pies de la cruz. El técnico fue a verlos al despacho de Sobiewsky.

—Esto —dijo— es una raíz de mandrágora. No les voy a dar la lata con su filiación científica, pero el caso es que esta planta siempre ha estado rodeada de leyendas. Yo creo que las tiene en todos los países, sobre todo en los nórdicos europeos y en Oriente. Los hechiceros y mágicos la empleaban para producir alucinaciones y hasta para perturbar la razón. Esto en cuanto a la planta en sí. La raíz... Las leyendas que corren en Alemania sobre la raíz son lo suficientemente desagradables como para que no le dejen dormir a uno. Pero una cosa es segura: está relacionada casi siempre con la venganza.

Parr y Sobiewsky se miraron.

—Conque... la venganza —dijo Parr, meditabundo.

Enero, 10, a. m.

Los tres hombres estaban frente a frente. De un lado, misten Shargon, que parecía más flaco, alto y tétrico que nunca; de otro, míster Marron y míster Corrigan, alcalde de la ciudad. La entrevista se celebraba en el despacho del segundo. Y éste era el que estaba hablando en este momento.

—Pero, vamos, míster Shargon —decía—, no pensará usted en serio que..., quiero decir que la Policía..., en una palabra...

—En una palabra —confirmó Corrigan—, ¿es que quiere usted decir que esos tres hombres... han muerto por...?

Shargon, callado, los contemplaba fijamente, sin mover un músculo de Ja cara.

Míster Marron se echó a reír.

—Naturalmente, por un momento habíamos llegado a creer que hablaba usted en serio... Naturalmente, se trata de una broma que nosotros sabemos, ¡ah!, apreciar en lo que vale. Tiene usted un gran sentido del humor, míster Shargon, gran sentido del humor.

Corrigan se restregó las manos, haciendo con la cabera signos

plenamente aprobatorios. Shargon seguía callando. Una especie de corriente fría pareció insinuarse en el caldeado y confortable despacho.

—Pero, en resumen, míster Shargon —dijo, por último, Marron—. ¿Usted qué quiere?

—Doscientos mil dólares —respondió el hombre vestido de negro.

—¡Doscientos mil dólares! —gimió el alcalde Corrigan, como si se los estuviesen sacando a él del hígado—. ¡Doscientos mil dólares por no hacer..., por no hacer nada!

—La ciudad ha quedado perfectamente limpia al desaparecer los hombres que fomentaban el vicio —repitió, pacientemente, Shargon, sin dar muestras de ira, sino sólo de una cortés indiferencia—. Ustedes ofrecieron doscientos mil dólares por esa limpieza. ¿Lo negarán, caballeros?

—¡Sí! —dijo, de pronto, Marron poniéndose de color berenjena—. Y lo negamos porque lo ofrecimos a quien dejase la ciudad limpia. ¿Ha sido usted, acaso, míster Shargon quien ha acabado con esos hombres? ¿Ha sido usted? ¿Se atrevería a afirmar que usted...?

Las muertas, casi invisibles pupilas de Shargon hicieron que desapareciese su facundia. Pero aun así continuó:

—¡Y bien! ¡Cualquiera podría presentarse mañana con esa misma embajada, exigiéndome doscientos mil dólares! ¿Qué le respondería yo? ¿Que ya los había dado a uno que llegó antes? ¡No, una y mil veces, míster Shargon! Demuéstreme usted, en cambio, que usted..., que usted ha sido quien ha hecho esa... limpieza y obtendrá de mí esa cantidad. ¡De lo contrario, no!

—Si yo demostrase eso que usted pretende, sería para ingresar al instante en la cárcel —dijo Shargon. Y súbitamente, algo parecido a una sonrisa cruzó por sus labios descoloridos—. Bien, míster Marron, míster Corrigan, parecen ustedes decididos.

—¡Decididos! —aseguró Marron.

—Decididos —repitió Corrigan, identificándose ardorosamente con el punto de vista de su compadre.

—Pero naturalmente, y en vista de que usted... se ha tomado tanto interés, digamos que... —Tomó un libro de cheques del cajón de la mesa y escribió una cantidad.

Shargon lo leyó al revés: eran mil dólares. Aquella especie de

sonrisa se acentuó.

—Es usted muy amable, míster Marron, pero no necesito nada; muchas gracias. Tengan ustedes muy buenos días, caballeros.

Y salió. Los dos prohombres cambiaron una larga y satisfecha mirada. Parecían un par de enormes gatos ante un plato lleno de leche.

Enero, 18, p. m. Crepúsculo vespertino.

—No, míster Corrigan; Mike no está aquí. No han vuelto todavía del colegio. ¿Míster Marron? Un momento, señor. Ahora mi mío se pone.

—¿Qué hay, Monte? No, hombre; no han llegado todavía. ¿Por qué? ¡No diga usual tonterías! Me ha interrumpido cuando estaba con mi abogado estudiando un importante... Sí: le diré al criado o a Ana que cuando lleguen le diga a Mike que vaya a casa a escape. Hasta luego, Monte. Estoy muy ocupado.

—¡Oh John, estoy preocupada! ¿No podidas pasarte por el colegio o telefonear para saber si Ben está allí? Ya sabes que mi inglés no se entiende bien por el teléfono.

—Sí, Sarah; pero ¿qué te preocupa? Se habrán marchado a alguna de sus correrías habituales, puedes estar segura. Ya le calentaré las posaderas cuando vuelva.

—Pero, por favor, John, llama al colegio. Ben me prometió venir hoy temprano para ayudarme a preparar la cena y la comida de mañana.

—Está bien, Sarah; llamaré al colegio.

—¡Aquí, míster Marcus Marron! ¡Quiero hablar con el director! ¡«Hello»!. ¿El director Lambert? Aquí, míster Marron, señor director. ¿Qué pasa con mi hija Aurea? ¡Aurea Marron, claro, hombre de Dios! ¿Qué? ¡No diga usted tonterías, señor mío! ¡Pues claro que ha ido a la escuela! ¡Lo que ocurre es que estará con esos malditos pilleles con los que sale siempre! ¡Entérese mejor antes de decir esas tonterías!

Míster Marron se secó el sudor de la frente. Ana acababa de

aparecer a su lado. La muchacha se había quedado muy delgada y sólo ojos se veían en su afilada carita.

—¿Ocurre algo, Dad?

—Nada, hija; ese majadero de Lambert. Dice que Aury no ha ido hoy a la escuela. ¡Como vuelva a verla pilletear con esos canallas de Mike y de Ben, la voy a enviar a un internado de señoritas, para que aprenda a conducirse! Ana, hija: ¿te encuentras mejor?

La muchacha lo miró intensamente, y luego, sin contestarle, se dirigió hacia la escalera que conducía a su cuarto. Míster Marcos T. Marron se limpió el sudor de nuevo. Sus cabellos blanquísimos, que formaban una especie de aureola sobre su cabeza, estaban ligeramente alborotados.

—¿Míster Lambert? Aquí el jefe Sobiewsky, de la Policía. ¿Podría decirme si se ha quedado ahí mi chico? ¿Qué? No... Bueno; si usted lo dice... Ya lo sé, ya lo sé que algunas veces se han fumado las clases; pero eso suele ser en verano, en tiempo de nidos y de baños. Ahora, en invierno... Sí; ya sé que míster Marron es un memo, al que habría que poner en su lugar; ya lo sé. Y que usted no tiene la culpa, profesor Lambert. Así que faltan también Aurea Marron y el hijo del alcalde... Sí; claro, los tres juntos, como siempre. El día que tengan que separarse, no sé qué va a ser de ellos; alguno se morirá de pena. Adiós, profesor Lambert, y gracias. Si los ven... Sí; gracias.

Sobiewsky encendió un cigarrillo con la frente fruncida. En ese momento entró Parr en el despacho, con una carpeta bajo el brazo. Parecía muy satisfecho.

—Me la han traído directamente de Washington —dijo—. ¡Por fin! ¡Eh, John, estoy hablando con usted! ¿Se acuerda de mí? Soy Parr, el honrado y probo Parr.

—Dispénsame, Harvey —dijo el jefe de Policía—. Estaba preocupado. ¿Qué es lo que me trae ahí?

—El final del asunto —respondió Parr, dándole un golpecito en la espalda—. Se lo he servido en bandeja, querido; no podrá quejarse de mí ni de la F. B. I.

—Nunca me he quejado; veamos eso.

—Atienda: son los informes del Brasil. Por fin, esos señores han creído conveniente salir de su mutismo y enviarlos. Podíamos haber terminado este asunto mucho antes, si ellos hubieran sido más

diligentes. —Parr se sentó enfrente de Sobiewsky y le señaló un documento con la mano—. Por otra parte, tenían ciertos motivos, hay que reconocerlo, para andar con cuidado. La cosa los tiene muy quemados. Escuche: esto es del jefe de Policía del Estado de Amazonas. Después de saludarnos muy atentamente, pasa a comunicarnos que, caso de que podamos capturar al hombre cuyas huellas digitales arriba reproducen, lo enviemos sin dilación a su Prefectura, ya que está buscado por los Gobiernos de Amazonas, de Para, de Malo Grosso y por el Gobierno federal brasileño. Se trata de Stephen Bell. El angelito... No me extraña que estuviera más loco que un rebaño de cabras en los últimos días de su vida. Según los informes del jefe de Policía de Amazonas, incendió más de treinta pueblos, asesinó a centenares de desgraciados indígenas y vendió a miles como esclavos en plantaciones clandestinas de opio. Los nativos los conocían por “el Horrendo Viento del Este”. Todo esto ocurrió... Oiga, John: ¿me está escuchando, por casualidad? No me gusta hablar para las paredes.

—Dispense —dijo Sobiewsky, intentando interesarse—. Es que... Tengo que castigar a Ben. Hoy ha hecho novillos. Esos tres diablejos nos van a dar un disgusto. Hace ya algunos días que mi chico está como alelado... Bueno; dispense, le digo. Veamos esos documentos.

Parr miró a su amigo. Encendió un cigarrillo después de ofrecerle otro, y dijo:

—Todo esto ocurrió durante la guerra. Atento al conflicto bélico, el Gobierno federal brasileño dejó un poco de mano libre en las selvas del interior, del país. No necesito decirle que aquéllas están infestadas de bandidos, que no reconocen más gobierno que el suyo propio, hasta que las tropas o los gendarmes les dan un disgusto. Luego se reorganizan de nuevo, y vuelta a empezar. Pues bien: parece ser que cuatro individuos de raza blanca se dedicaron a hacer de las suyas en una zona del Alto Amazonas. Demostraron a los indígenas que eran aún más salvajes que ellos; mataron, incendiaron, esclavizaron una inmensa zona de selva, buscando diamantes y oro. Aquí están, atienda: Stoian Belik, Ash Merriman, Kurt Wanderers y Diomedes Dariades.

Sobiewsky se inclinó sobre los papeles.

—Así que nuestro amigo Shargon tiene que ser...

—Ash Meriman. En Washington no tienen nada contra él.

Oficialmente no existe. Pero no he acabado. Súbitamente desaparecieron todos ellos, se supone que con bastante dinero en diamantes. Pero un cazador mestizo que remontaba el Jurúa, dijo que había visto a un hombre blanco en poder de una tribu de caníbales, y aseguró que aquel hombre era uno de los cuatro que el Gobierno brasileño buscaba con grandes ganas de echarles el guante. Como la guerra estaba acabando ya, el Gobierno esperó un par de meses y destacó una lancha, con un puñado de soldados, hacia el lugar donde dijera el cazador que había visto la aldea de caníbales y al hombre blanco. Efectivamente, encontró a los primeros, pero no al segundo. Los salvajes dijeron que habían cuidado un hombre blanco que habían encontrado en la selva medio muerto, degollado y presa de fiebres, y que había escapado hacia algún tiempo. Una búsqueda minuciosa en el poblado les hizo hallar un poste y una cadena, a la que había estado atado alguien. Nadie conocerá, probablemente, jamás la historia; pero el jefe de Policía del Estado de Amazonas cree que los salvajes cuidaren al hombre blanco para torturarlo o comérselo, y que había logrado escapar. De lo contrario, hubieran encontrado su cabeza momificada en algún sitio del poblado.

—Bonita cadena de crímenes —dijo Sobiewsky, interesado—. Así que Shargon se llamó Merriman. ¿No dicen de dónde procedía?

—Se cree que de los Estados Unidos, así como Stoian Belik era balcánico, y Diomedes Dariades, chipriota o griego. Wanderers podía ser sueco, o noruego, o báltico. Unas indagaciones entre las Policías de esos países nos darán más detalles acerca de sus fructíferas existencias.

El teléfono sonó repentinamente, y ambos hombres se sobresaltaron. Sobiewsky lo cogió. Al oír las primeras palabras dio un salto en el asiento.

—¡Está bien, está bien; no te preocupes! Estaba trabajando y se me había... Que sí, Sarah; no pasará nada. ¡Nada, mujer! Voy a buscarlo yo mismo, y si es una de sus bromas... ¡Que no, te aseguro que al chico no le pasa nada! ¡Sarah, por Dios, no seas estúpida! —Y colgó, enfurecido.

Parr alzó hacia él la vista.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Aún no ha aparecido el chico?

—No, y mi mujer empieza a ponerse histérica. Dispénseme un

momento.

Volvió a sonar el teléfono, y se precipitó sobre él. Escuchó durante un momento, y colgó, con un gruñido.

—Era míster Corrigan, para decirme que su Mike no aparece. Esos pajoleros críos... No me falta más que...

El teléfono sonó de nuevo. Esta vez era míster Marcus T. Marron, para decir a gritos que su hija Aurea no había llegado aún a casa y que no estaba en ninguna de las de sus escasas amigas. Sobiewsky colgó el auricular, pálido como un muerto.

—Vamos, vamos, John —dijo Parr—. Estarán en algún sitio... No vaya usted a dejarse llevar de...

—Esto no ha ocurrido nunca, Harvey —respondió el jefe, bajando la palanca de su dictáfono—. Bill —le dijo a su ayudante—: prepare usted tres o cuatro coches. Ni mi hijo ni los de Corrigan y Marron han llegado a casa y no sabemos dónde pueden estar. Empiecen desde el colegio.

—Sí, señor —dijo Bell, con voz alterada.

—Y prepare también el mío. Voy a ir a mi casa antes que nada; pero después me reuniré con usted en el colegio.

—Sí, señor.

Sobiewsky cortó, y se volvió a Parr.

—Vamos, Harvey —dijo.



Evocativo es el título de nuestra Serie

WINCHESTER

porque recuerda la época turbulenta de la historia del Far-West. En estas novelas se plasman argumentos interesantes y de ritmo dinámico protagonizados por hombres que sabían enfrentarse a la muerte con una sonrisa o un gesto de desafío.

WINCHESTER

es el prototipo de las mejores novelas de *cow-boys*.

CAPÍTULO 12

Enero, 16, cinco a m.



L'automóvil se detuvo chirriante ante la verja del jardín de míster Marron, y varios hombres bajaron rápidamente de él. Casi todas las luces de la casa estaban encendidas, y por todas partes pululaban hombres vestidos de uniforme y en traje de pacano. De cuando en cuando, el ronco ladrido de una orden ponía, en movimiento a un grupo de ellos.

Sobiewsky subió las gradas corriendo, y los agentes se separaron a su paso. Todos los rostros estaban tensos, las mandíbulas se movían incansables y los ojos brillaban duramente.

Míster Marron se hallaba en su despacho, sentado ante la mesa,

con la cabeza cogida entre las manos. Se puso en pie al entrar Sobiewsky y Parr. Había estado llorando. Ana Marron, con el rostro trágicamente pálido, miraba a *mistress* Corrigan como si la viese por primera vez. La alcaldesa gemía y aullaba, alternativamente, dejando pesar sobre su marido sus doscientas libras.

—¿Nada? —preguntó Marron.

No necesitaba que Sobiewsky le contestase de palabra: le bastó mirarle a la cara. *Mistress* Corrigan lanzó un nuevo alarido; Ana Marron colocó una mano sobre el hombro de Sobiewsky.

—¿Y Sarah? —preguntó, con un murmullo.

—Duerme —respondió el jefe de Policía—. El doctor le puso una doble inyección del calmante. Cuando despierte... —Abrió y cenó las enormes manos—, no lo sé, no sé qué voy a hacer con ella —se volvió al alcalde—: Míster Corrigan: se ha hecho todo lo humanamente posible. Míster Parr se ha puesto ya al habla con Washington, y dentro de unas horas empezarán a llegar hombres y equipos de la

F. B. I.

Varios rostros se volvieron hacia él. Parr asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Por desgracia, estamos ya seguros de que los chicos han sido raptados. Y eso es cosa del Departamento federal. Lo siento pero es así.

—¡Raptados! —aulló Marron—. ¡Usted está loco! Raptados, ¿por quién? ¡Aquí no se rapta a los niños! ¡A infelices criaturas! ¡Eso está bien para Chicago, para Nueva York!, pero aquí:...: ¿De dónde se ha sacado usted esa tontería? ¿Eh? ¿De dónde?

Ana había aparecido, portando una bandeja en la que humeaban varias tazas de café. Puso una de éstas en las manos de Parr y otra en las de Sobiewsky. El agente del

F. B. I.,

se lo agradeció con una mueca que ni siquiera intentaba llegar a sonrisa.

—¿No me ha oído? —chilló Marron, con timbre femenino—. ¿No me ha oído? ¿Quién?

El alcalde Corrigan e puso lentamente en pie, apartando sin delicadeza a su esposa. Sus ojos, desorbitados, estaban fijos en Marron.

—Usted —dijo—. Usted tiene la culpa.

—Cálmese, imbécil —le dijo Sobiewsky, volviendo hacia él los ojos enrojecidos por el cansancio.

Pero Corrigan parecía hallarse alocado.

—¡Sí! Usted, Marcus, usted tiene la culpa, ¡maldita sea su alma!

Había avanzado tres pasos en dirección a Marron, sin dejar de mirarlo de aquella horrenda manera. Parecía que de un momento a otro iba a saltar sobre él para morderlo. Marron estaba aterrorizado y retrocedía. Parr se interpuso entre ambos.

—¿Qué le ocurre, míster Corrigan? —preguntó—. ¡Vamos, cálmese!

—¡Sí! Y ¿qué me dice de su maldita avaricia? —Saltó Marron, de pronto, como un muñequillo mecánico—. ¿En? ¿Qué me dice? ¡Es usted tan miserable, que me aconsejó hacerlo así! ¿Cómo se atreve a echarme ahora la culpa, maldito embustero? ¡Lo voy a deshacer, lo voy a...!

Corrigan se abalanzó sobre él, pero Parr se lo impidió. De un empujón lo devolvió a los brazos de su esposa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sobiewsky, mirándolos a ambos con ira—. ¿No tienen bastante con la desaparición de sus chicos, que aún...?

De pronto, Parr, que había dado un paso hacia Ana Marron, que sujetaba a su padre, se inmovilizó. Cuando habló, lo hizo con una voz tan helada, que todos volvieron la cabeza en su dirección.

—De manera que ese hombre se ha presentado aquí a reclamar su recompensa, ¿no es así? —preguntó—. ¡Vamos, conteste cualquiera de ustedes dos!

No hacía falta que le respondiesen. Bastaba con mirarles. Sobiewsky descargó tan fuerte golpe sobre la mesa, que las patas de ésta crujieron lastimeramente.

—¿Cuándo vino? —preguntó, con voz de trueno—. ¿Cuándo vino?

—Hace cinco o seis días... —murmuró Marron, intimidado—. Nosotros...

Sobiewsky volvió a golpear la mesa.

—Ustedes le negaron la recompensa que le habían ofrecido, ¿no es así? —preguntó Parr, duramente—. Y en vez de avisarnos que había venido a reclamarla, se callaron. Si nos lo hubieran dicho, hubiéramos tenido un motivo para meterlo en la cárcel; pero

ustedes se callaron, orgullosos de lo listos que habían sido y de lo bien que habían llevado el negocio. ¿No es así, estúpidos?

—Pero... ¿de quién están hablando?: —preguntó Ana Marron, girando la vista de uno a otro—. ¿De qué están ustedes hablando, John?

—De que si a cualquiera de esos chicos le sucede algo, alguien lo va a sentir de verdad —dijo el jefe de Policía, con los dientes apretados, y dando media vuelta, salió de la habitación, seguido de Parr.

Enero, 20, p. m.

El viento que azotaba con furia la calle levantó los faldones del abrigo de piel de la joven. Ésta los sujetó con la mano. La bella línea de sus piernas, un momento al descubierto, volvió a ocuparse. Parr cerró la portezuela del coche y ambos ascendieron hasta su piso.

—Y ésa es toda la historia —le dijo, mientras ella, después de mirar curiosamente a su alrededor, se sentaba—. Lo siento, *miss* Marron; pero ya le avisé que no sería muy agradable.

Ella sacó maquinalmente un cigarrillo del bolso, y Parr se lo encendió.

—No, no lo es —respondió—. Míster Parr: si esos chicos no aparecen, no sé lo que va a suceder. Mi padre y míster Corrigan se observan como dos tigres, dispuestos a lanzarse uno contra otro; pero los que me dan verdaderamente pena son John Sobiewsky y Sarah. Si alguien ha tenido alguna culpa en todo esto, no han sido ellos, evidentemente. Yo...

Parr le tocó ligeramente la mano enguantada.

—Hacemos lo que podemos, *miss* Marron. Usted lo sabe. Las carreteras están cortadas, y los helicópteros sólo descienden para repostar y subir de nuevo, cuando el tiempo no es tan infernal como hoy. Es cuestión de horas que...

—Sí, de horas —dijo la muchacha, volviéndose a mirarle—. Pero entre tanto..., ya... ¿Qué cosas no pueden haberles ocurrido a...?

Llamaron a la puerta y John Sobiewsky entró en la habitación. Parr se dijo, penetrado de lástima, que parecía haber envejecido

veinte años, tan caídos estaban sus anchos hombros y tan grises sus rubios cabellos.

—Hola, Ana —dijo, dejándose caer en una silla—. ¡Dios, Dios! Deme algo fuerte de beber, Harvey; lo necesito.

—Tiene usted que descansar, John —dijo la muchacha, mientras Parr servía un vaso mediado de «*whisky*»—. Se está agotando.

—Si pudiese tener a ese hombre entre mis manos nada más que la mitad de medio minuto... —Bebió el alcohol de un trago—. ¡Maldito Shargon y el momento en que...!

—¿Qué nombre ha dicho? —preguntó la muchacha.

Le había colocado una mano sobre el hombro.

—Shargon —contestó Parr—. ¿Es que ha oído usted también ese nombre? Yo lo he oído alguna vez, pero no logro recordarlo. En fin... Mire, John: la Policía mejicana está ya prevenida, y...

Ana Marron extendió una mano para imponerle silencio:

—Dispénsame que le interrumpa; pero, naturalmente, ese nombre de Shargon será falso.

—Así lo suponemos. ¿Qué es lo que piensa, misa Marron? ¿Es que...?

—John —dijo ella, volviéndose hacia el policía, que había levantado la cabeza—. Una vez me habló usted de un crimen que se había cometido hacía mucho tiempo en...; bien, no me acuerdo dónde. Un muchacho había matado a un hombre y huido después, sin que se volviera a saber de él. ¿Se acuerda?

John Sobiewsky parecía demasiado cansado para hablar, pero movió afirmativamente la cabeza.

—Pues escuche —repitió ella, febrilmente—. Shargon fue un poderoso rey del antiguo Oriente. Invadió la Caldea, y en su estatua mandó grabar una inscripción en la que se decía que su madre, una vasalla, le había dado a luz en secreto y lo había dejado en la corriente del río Eufrates, sobre una «esterilla» de juncos untada de pez. Que un aguador lo había recogido y lo había criado con cariño; que la diosa Luna lo había prohijado y lo convirtió en rey de los acadios; que...

Sobiewsky se había ido alzando del sillón, con la frente perlada por gruesas gotas de sudor.

—No puede ser —jadeó—. Sería una coincidencia...

—¿Qué es ello? —preguntó Parr, irritado—. ¿Qué tiene que ver

una leyenda oriental con todo esto?

Sobiewsky se limpió la frente. De pronto se inclinó sobre la joven y le día un beso en la mejilla.

—Parr; escuche —dijo, anhelante—. Se lo voy a decir en tres palabras. Hace más de veinte años, casi veinticinco, se cometió en las cercanías de esta ciudad un crimen, que aún no ha sido aclarado. Un muchacho asesinó a su protector, un hombre que lo había recogido una madrugada a la orilla del río Barajón.

Nunca se supo quiénes eran sus padres, y el hombre lo cuidó y lo hizo pastor de sus rebaños. Pero un día, el viejo fue asesinado, y el muchacho desapareció. Nunca más supimos de él, pese a que se le buscó por todas partes. Ana: no quiero esperanzarme, pero si Shargon es Mathew Armitage..., sabemos dónde tiene a los niños. Solamente puede tenerlos en un lugar: la cabaña del viejo Andrew su padre adoptivo. Nadie habría ido a buscarlo allí, porque, está en lo más profundo de la Sierra Olvidada.

—Puede no ser más que una coincidencia —objetó Parr.

La joven movió la cabeza, y por primera vez en mucho tiempo sonrió.

—No —dijo—, no creo que se den esas coincidencias tan asombrosas. Shargon es un nombre que no ha debido llevar nadie jamás, aparte del rey de Agadé.

De pronto, los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—¿De qué sirve conocer la Historia, si uno no puedo regir la de su propia vida? —preguntó, mirando por la ventana.

Y ante Parr se alzó la elevada silueta de Kurt Wanderer. Puso su mano sobre el hombro de la muchacha.

—Queda mucha Historia por delante de nosotros —dijo en voz baja—. No se sienta tan sola. A veces, dos solitarios pueden consolarse mutuamente. Y perdone que le hable así.

Ella afirmó con la cabeza.

—Busque a mi hermana, míster Parr —dijo—. Búsquela, por el amor de Dios.

Enero, 21, a m.

Los tres chicos estaban sentados ante el fuego de brezo,

silenciosos, pálidos y macilentos: Llevaban dos noches sin dormir, dos horribles noches con dos no menos horribles días. El más afectado era Mike Corrigan, pero ocultaba valerosamente su terror para no aumentar el de Aurea Marron. Ben Sobiewsky, valiente como un jabato, confiaba, además, en su padre, al que consideraba solamente un poco inferior al Todopoderoso.

La puerta se abrió, y los tres se agruparon más aún, en un vano intento de confortarse mutuamente. Y, sin embargo, no hablan sido maltratados ni por este indio de cetrina tez, que les sonreía de vez en vez y les daba alimento —gachas de avena y pan de centeno—, ni por «el Sepulturero».

Pero cuando este último personaje descendía del piso superior de la cabaña y se sentaba cerca del fuego, mirándolos fijamente con aquellas papilas casi invisibles, un calofrío de terror mortal recorría sus cuerpecillos. «El Sepulturero» no hablaba. Se limitaba a mirarlos uno a uno y a fumar en una cariosa pipa de madera, con dos boquillas. Y aquella mirada hacía descender vertiginosamente la temperatura del cuarto.

—A comer, chicos —dijo el indio.

Llevaba una gruesa pelliza espolvoreada de nieve reciente. Puso un gran cacharro con tres cucharas de madera sobre la mesa, y sonrió, enseñando fuertes y blancos dientes.

—Por lo menos, podían darnos otra cosa —dijo Ben, mirando antes hacia la escalera, para no ser oído por «el Sepulturero».

Aurea le tiró de la manga:

—Cállate, Ben.

—Déjale que hable —respondió el indio—. De todos modos, mientras duren estas tormentas no habrá otra cosa que gachas de avena para comer.

—¿Por qué no nos dice usted hasta cuándo nos van a tener aquí? —preguntó Ben—. Y ¿por qué no nos dice por qué nos han traído aquí? Cuando mi padre llegue aquí...

—Tu padre no vendrá aquí —dijo una voz sin inflexiones desde lo alto de la escalera. Las cucharas, que iban a hundirse en aquella papilla cenagosa se inmovilizaron en el aire, y tres hociquitos se redondearon—. Estaréis aquí hasta que cesen las tormentas. ¿He contestado ya a tu pregunta, amiguito?

Ben se decidió. Era la primera vez que «el Sepulturero» les

dirigía la palabra, y no parecía estar de especial mal humor.

—Señor —dijo, con gran cortesía—: ¿podría decirnos por qué estamos aquí? Quiero decir, por qué nos trajo aquí este... hombre cuando nos recogió con el coche en la carretera. Nos dijo que *miss* Marron había sufrido un accidente y que nos llevaría junto a ella. Pero eso era men..., eso no era verdad, no, señor. ¿Por qué no nos lleva con nuestros padres? Ellos...

Aurea Marron se echó a llorar, gimoteando, y Mike empezó a hacer pucheros al recordar a sus padres.

—Estáis aquí por la maldad de los hombres, por su avaricia, por su concupiscencia —dijo «el Sepulturero», sentándose en su silla y mirando al fuego. No hablaba para los niños, sino para él mismo—. Estás aquí porque sois la mejor, de las armas, en esta ocasión la única, en contra de esos pecados y de los que los cometen. Con vosotros a mi lado soy el dueño de ellos. Sí, amiguitos —añadió, volviendo hacia ellos las muertas pupilas—. Estáis aquí por vuestra inocencia, que mueve el mundo y hace mejores a los malvados.

Ben Sobiewsky no había entendido una sola palabra.

—Pero, señor —añadió, con voz más recia, pareciéndole que pisaba terreno más firme—; pero, señor: mi padre es el jefe de Policía, y tiene muchos policías a sus órdenes, y está también el señor Parr, del

F. B. I.,

y el padre de Mike, que es el alcalde, y...

—Come ya y calla —le dijo el indio, empujándole sin violencia hacia la mesa.

—Ninguno de esos hombres vendrá aquí —replicó «el Sepulturero», encendiendo su pipa de doble cañón tallada en una raíz de mandrágora—. Ninguno, porque no saben que existe este lugar; pero si llegaran...

El indio dirigió una rápida mirada a Shargon, pero no dijo nada. De todas formas, un poco más tranquilos al ver que, de momento, no corrían peligro, los niños se precipitaron sobre las gachas, ya que la naturaleza recobraba en ellos bien pronto sus derechos.

Cómo aquel muchacho con sus muletas podía adentrarse en una tormenta de nieve que encogía el corazón de montañeros curtidos, era algo ene Parr, helado de frío, y Sobiewsky, agonizante de

angustia, no podían comprender. Y, sin embargo, el pastor mejicano parecía en su elemento. Hacía casi dos horas que había encontrado un camino practicarle para atravesar el macizo, más abajo de los puertos, y ahora sólo esperaba que los hombres, que en este momento se hallaban reunidos en la cueva, calentándose con una lámpara de alcohol, hubieran terminado su café.

—La tormenta cesará dentro de poco —dijo el pastor, apareciendo de pronto entre la cellisca.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Parr, gruñonamente.

El pastor sonrió y se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaremos en alcanzar el río Barajón? —preguntó Sobiewsky.

Varios policías rodearon al mejicano, y uno de ellos le tendió una taza de café cargado de coñac. El pastor lo tomó de un sorbo.

—Dos horas; en cuanto aclare la tormenta.

—Entonces... ¿llegaremos antes de la noche a la cabaña?

—Claro, señor. Y seguro que nadie nos espera con este tiempo. Porque el tiempo está bastante malo, señor.

—Si libramos a los chicos —dijo Parr—, no volverás a tener que guardar cabras, valiente, de eso me encargo yo. ¿Qué te gustaría hacer?

—Guardar chicos —respondió el cabrero, con una amplia sonrisa—. Creo, señores, que la tormenta empieza a ceder. Deberíamos prepararnos.

—Estoy seguro de que mi padre está cerca, con el señor Parr —susurró Ben—. Estoy seguro de ello. ¡No llores más, Aury!

—Es... que t-t-tengo f-í-frío —respondió la niña, apretándose contra él. Ben le puso un brazo, protectoramente, sobre los hombros—. Nunca nos encontrarán, Ben, nunca nos encontrarán. ¿Por qué tuvimos que seguir al «Sepulturero»? Ves, ahora cree que sabemos sus horribles secretos y nos tiene aquí, encerrados.

—Nos cortará el cuello —dijo, lúgubrememente, Mike—. Nos cortará el cuello y luego quemará nuestros cuerpos, para que no queden huellas de su crimen.

—¡Ay!... —dijo Aurea, estremeciéndose.

—¡Callad los dos! —ordenó Ben—. Callad los dos, o me marchó y os dejo solos.

—No puedes salir.

—Sí que puedo. Yo puedo salir de donde quiera, pero vosotros no, y por eso me quedo aquí. Por vosotros...

—Alguien viene...

El fuego estaba casi apagado. Hacía tres horas que nadie había ido a verlos y no tenían leña. La puerta, atrancada con cerrojo, y las ventanas, clavadas, cerraban toda posibilidad de ver algo.

El indio penetró en el cuarto, abriendo violentamente la puerta. La cerró tras de sí y subió la escalera de tres en tres. Un momento después «el Sepulturero» apareció. Llevaba un revólver en la mano.

—No sea usted loco —dijo el indio, apoyándose contra la pared, atento y vigilante como un tigre—. No sea loco; le digo que hay, lo menos, diez hombres.

—No entrarán aquí —respondió Shargon, tranquilamente—. No entrarán jamás aquí. Esos niños me responden de ello.

Y justo en aquel momento, se oyó una voz, que levantó en vilo al pequeño Ben. Era la voz de Parr, el hombre del Gobierno.

—¡Armitage! —gritaba—. ¡Entréguese y entréguenos los niños! ¡No podrá salir de esa cabaña, porque está cercado! ¡Si los niños están bien, no seremos demasiado duros con usted! Pero ¡si algo les ha ocurrido...!

Shargon se volvió hacia el indio.

—Al parecer, alguien ha relacionado la historia de Armitage con la de Shargon —dijo. Luego levanta la voz. En medio del silencio sonó como un pito chirriante—: Procuren no moverse de donde están. Los niños están bien; pero si ustedes avanzan, los mataré. Ya saben que no hablo en broma. Los mataré.

Aurea Marron rompió a llorar. El indio se dirigió hacia ella y le puso una morena mano sobre el hombro.

—Calla, hija —dijo.

Shargon se volvió a mirarlo y luego miró a los niños.

—¡Armitage: por lo que más quiera! ¿Qué le han hecho a usted esas criaturas? Déjelas libres y... Sobiewsky vaciló mirando a Parr. Éste asintió con la cabeza. Déjelos libres y no tendrá que responder de su secuestro. Pero ¡por el amor de Dios, díganos si les ha ocurrido algo!

—¡Estamos bien, papá! —chilló Ben.

El indio intentó ponerle la mano en la boca, pero el pequeño se desprendió, y volvió a gritar que estaban todos bien. El indio dijo:

—Creo, señor, que bien podríamos devolverles los chicos. Al fin y al cabo, sólo los hombres son odiosos, no ellos.

—Crecerán y se convertirán en fieras malignas —repuso Shargon, sin dejar de mirar las tres cabecitas—. Ya es posible ver apuntar en ellos los gérmenes de la violencia, de la concupiscencia, de la maldad. Pero tienes razón. Tú puedes huir, Cuchiá. Diré que, a no ser que te dejen libre, no volverán a ver a los niños vivos.

El indio movió la cabeza.

—Cuando vine del Brasil para encontrar a aquellos hombres, sabía que no volvería a ver mi tierra. Es igual. No tengo esposa ni hijos —sonrió—. Seguiremos la misma suerte.

Shargon le tendió una mano. Gruesas gotas de sudor habían aparecido en su frente. Tiritaba.

—Me queda poco tiempo y no voy a pasarlo en la cárcel —dijo—. He estado corriendo contra el reloj, y esto ya me ha alcanzado. Sal con los chicos.

—Salga usted también.

—No. Sal.

Era una orden tan perentoria, que el indio cogió a los niños y se dirigió hacia la puerta.

—¡Parr: van a salir! —gritó Shargon.

Luego apretó bien el revólver, abrió la puerta, y el indio y los tres rapaces salieron a la nieve. Un confuso griterío de júbilo resonó en la linde del bosque, y una docena de manos se tendieron hacia los pequeños. Ben Sobiewsky cayó en brazos de su padre, el cual lo estrechó tan violentamente, que le cortó la respiración. Varios policías rodearon al indio, con los fusiles ametralladores y las pistolas preparadas.

—¿Y Shargon? —preguntó Parr, mirando hacia la cabaña.

Y entonces ocurrió.

—¡A tierra! —gritó uno de los policías.

Los demás se dejaron caer de rodillas. Shargon había aparecido en la puerta de la casa y levantaba su revólver.

Una lluvia, una verdadera granizada de proyectiles, lo proyectó hacia atrás como si un mulo gigantesco lo hubiese cocado. Las balas crepitaron siniestramente en las maderas, y el hielo, convertido en falsas estalactitas, se pulverizó.

—Él no quería matar a ninguno de ustedes —dijo el indio,

mirando hacia la cabaña.

—¡Pobre «Sepulturero»! —dijo Aurea Marron, con la carita más pálida que la nieve que la rodeaba—. No era muy malo al final. Y parecía muy triste.

Parr y Sobiewsky se la quedaron mirando, mientras los policías avanzaban con precaución hacia la granja de Armitage.

FIN

Colección NOVELISTAS de HOY

- | | |
|--|------------------------|
| 1.—La obsesión del misterio. | Pío Baroja. |
| 2.—Ahora. | Rafael López de Haro. |
| 3.—El hombre del suburbio. | Francisco de Cossío. |
| 4.—Su peor es nada. | Tomás Borrás. |
| 5.—El piano. | Carmen Laforet. |
| 6.—Timoteo el incomprendido. | Camilo José Cela. |
| 7.—Boda y jaleo de Titín Aracena. | D. Fernández-Flórez. |
| 8.—El hombre que contó su secreto. | F. Castán Palomar. |
| 9.—El tercer ladrón. | Alberto Insúa. |
| 10.—No tengo más que mirar y... veo
el mundo. | María Alburquerque. |
| 11.—Elvira recibe una carta. | Luis Antonio de Vega. |
| 12.—Dios es corazón. | Lázaro Ros. |
| 14.—El día siguiente. | Rafael López de Haro. |
| 15.—¡Puente de plata! | A. Martínez Olmedilla. |
| 16.—Anoche en Montecarlo. | Julio Angulo. |
| 17.—Tierra por medio. | F. Serrano Anguita. |
| 18.—La vida sigue | José Alvarez Esteban. |
| 19.—La bella y la mandrágora. | Alvaro Retana. |
| 20.—Humo sin fuego. | José Sanz y Díaz. |
| 21.—Día negro. | Elizabeth Mulder. |
| 22.—Muerte en Shanghai. | Juan Marín. |
| 23.—Primavera de papel. | J. M. Sánchez Silva. |
| 24.—Resurgir. | Carmen Nonell. |
| 25.—La tarde filtrada. | Eduardo Aunós. |
| 26.—Rama de ciruele. | Tomás Borrás. |
| 27.—Suelo mojado. | Alfonso Paso. |
| 28.—Corazones de teatro. | Alvaro Retana. |
| 29.—La bella sirena. | Ramón Solís. |
| 30.—¿Por qué mandan ellas? | José de Córdova. |

COLECCIONES DE
EDITORIAL ROLLAN
¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 5 Ptas.

VALIENTES

Nuevo género novelístico que ofrece emocionantes aventuras y realistas pasiones humanas, por autores de fama reconocida.

Publicación semanal — 5 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,25 pts.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 5 Ptas.

JEQUE BLANCO

Única serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la peligrosa vida de un agente secreto norteamericano por todas las partes del mundo.

Publicación quincenal 1,25 pts.

F. B. I. ¡LA COLECCIÓN SIN RIVAL!

